

VILLA *de* MADRID



Número dedicado al Madrid Literario

Ayuntamiento de Madrid

Sumario

Editorial.

Vida del Parnaso. Gerardo Diego.

El teatro.

El Madrid del siglo XVIII: Don Ramón de la Cruz y sus enemigos. Nicolás González Ruiz.

El Madrid de Larra. Antonio Gallego Morell.

El Madrid de Baroja. Manuel Pombo Angulo.

El Madrid de Galdós. José Rodolfo Boeta.

Los cafés literarios. Tomás Borrás.

Madrid, en sus tertulias literarias. Julio Trenas.

Lo que Madrid ha hecho por la novela española actual. Rafael Vázquez Zamora.

Vida corporativa.

Inauguración del Palacio de los Deportes.

Fotos: Ruiz Vernacci, Loren, Basabe y Leal.

Dibujos de Eduardo Vicente.

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

Año 240 »

Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO III

NUM. 12



El que en Madrid go haya estado
ó sus costumbres no advierta,
al paso que se divierta
ponga atención y cuidado



Por mas que esté prohibido
que un coche vaya corriendo,
ello es que siguen cogiendo
al viejo ó al aturrido



Con sus inmensos serones
suelen dar los panaderos
á los que no andan ligeros
mas de cuatro cescorrones



A un matrimonio contento
que ha salido á pasear,
acaba de divorciar
de burras un regimiento



Si se escurre, y desde arriba
cae al suelo un farolero,
que reze un credo primero
el pobre que le reciba.



No puede verse con calma
que, por robarle el pañuelo,
esponga á algun pobre abuelo
un tuno á romperse el alma.



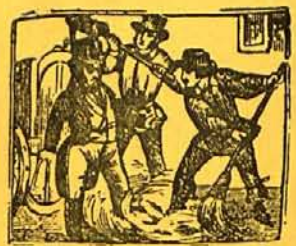
Algun carbonero atroz,
sin que se fache de esceso,
por servir de contrapeso,
tira al prógimo una cox.



Por mirar con embeleso
á una muchacha, este tonto,
ha ido á volverse de pronto
y un cerdo le ha dado un beso



Con el agua de fregar,
el tabernero ó su mozo
suelen poner que es un gozo
á quien acierta á pasar.



Ved con qué horrible osadía
los mozos de la limpieza
ponen de pies á cabeza
á todos de porquería.



Mientras que se pone airado
este tonto, y mira al cielo,
no vé como aquel pilluelo
los dulces le ha vendimiado



Tal imán tiene el dinero
y atrae de tal manera
que coloca en una esfera
al patán y al caballero.



En la calle unos ladrones
á este prógimo han dejado,
después de haberle robado,
con vergüenza y sin calzones



A la vista del suplicio,
sin miedo ni pesadumbre,
tal es su fatal costumbre,
que ejerce el ladrón su oficio.



Al titirimundi ansiosos
corren á ver un portento,
porque los lentes de aumento
les parecen milagrosos



Dios te libre, en carnaval,
de encontrar la estudiantina,
porque dejara, ladina,
tu bolsillo sin un real.



Hay máscaras por convite
en que hay dulces de Piñata,
y es de ver quien se maltrata
por atrapar un confite



Del Canal en la pradera
todo el mundo es cocinero,
que no siempre es el dinero
quien forma la dicha entera



Antes volvíanse moros
toditos los españoles,
que renunciar á sus oles
y á sus corridas de toros.



Esto de la Cruz de Mayo
es una contribución
que pagan sin remisión
desde el mas listo al mas payo



Todos estos que aquí ves
y mas que bajan á pares,
no vienen al Manzanares
mas que á lavarse los pies



Por un chal de terciopelo
por un vestido de gró,
¡á cuántas conozco yo
que hubieran perdido el cielo!



Galas para la miseria,
andrajos, sin duda alguna,
que fueron de la fortuna
tal es un puesto en la feria



Butacas, reloj floreros,
espejos, muebles dorados,
son palacios encantados
las casas de los prenderos.



Hay mancebo que hace gala
de abrasarse en vivo fuego
cuando oye cantar á un ciego
el Gerineldo ó la Atala.

Editorial



A nadie dejaron cojo
los que piedra estan picando;
pero, francamente hablando,
le pueden saltar un ojo



Este farruco insolente
paga con un buen tirón
de pelos, el pisotón
y la herida de la frente.



Cuando un pozo se ha salido
y lo empiezan a limpiar,
le suele al que pasa dar
del mal olor un vahido



El fuego del corazon
del mas fino y tierno amante
suele apagar al instante
el agua de un canalon



Yase sabe, esta es la ley,
en el teatro casero
El Rey Monge, El Campanero,
ó El Zapatero y el Rey.



Victima de su candor
llevan por medio de balagos,
a buscar los reyes magos
a este infeliz aguador



Todo Madrid en el dia
de S. Isidro, su santo,
va sin pena ni quebranto
a su ermita en romeria



En las noches de verbena,
al Prado baja la gente
a respirar puro ambiente
y a bailar sobre la arena.



Y otros hay por el contrario
que no encuentran armonia
sino en Lucrecia ó Lucía,
en Hernani ó Belisario



Padre, madre y hermanita,
duermen como unos lirones;
quien tiene miedo a ladrones,
¿por qué la ocasion no quita?

A lo largo del tiempo, VILLA DE MADRID ha venido ocupándose de aquellos aspectos relacionados, de cerca o de lejos, con nuestra capital. Esta ocupación ha venido determinada, bien por una razón de actualidad, bien por una reverencia a la jerarquía de un suceso. Hoy, en que dedicamos el número a la literatura madrileña, aprovechamos para hacerlo una pausa entre dos actualidades; entre aquella, divina y pasada, de la Navidad, y esta otra, humana y venidera, de los juegos y de las fiestas de San Isidro.

La literatura madrileña no es propiamente tal. Una vez más se repite aquí el hecho, tantas veces comentado, de que Madrid sea la reunión de todas las provincias y de todos los ciudadanos, excepto los madrileños. Es lógico que las gentes de letras llegaran a la capital de las Españas, para buscar fama y gloria, de los cuatro puntos cardinales de la península. Pero, sin embargo, Madrid acondicionó una forma especial de literatura, que ofrece característica y perfiles decididamente madrileños. Poco importa que la Condesa de Pardo Bazán, o Zorrilla, o Baroja, o Lope, nazcan o no en Madrid; lo que importa es su servidumbre, voluntaria y gozosa, a un estilo y a un modo de ser. ¿Qué duda cabe que las amanecidas de Baroja sólo pueden producirse en las afueras de Madrid? ¿Es que la gracia juguetona de Lope puede tener un escenario distinto? Madrid, la ciudad sin perfiles, da perfil de autenticidad a todo aquello que goza su contacto. Y este curioso fenómeno no podía ser soslayado en las páginas de VILLA DE MADRID, que aspira, con el discurrir de los días, a constituir una especie de síntesis de la vida madrileña.

Las inmensas posibilidades de este trabajo, y el reducido espacio de la revista, nos han obligado a una síntesis que, quizá, pudiera resultar excesiva. Pero no importa. Lo que importa, en realidad, es asomarnos al mundo, vario y atrayente, de la literatura madrileña, y entrar, de este modo, en la vida literaria de Madrid. Entonces la literatura se transforma en algo más cálido y humano; más sorprendente también, porque nada tan lleno de sorpresas como la vida del hombre. El intento es afortunado; si tenemos la fortuna de lograrle, podremos decir que habremos contribuido, con un grano de arena más al estudio de una capital, que amamos por ser nuestra, y servimos por razón de amor.



A falta de posible o imposible viaje al Monte Parnaso, como el que el poeta Miguel de Cervantes emprende con tan heroica resolución para después darnos cuenta de sus batalladas y pintorescas incidencias, bien se puede pasear por las lomas, barrancos y vericuetos de esta otra más flamante y menos peñascosa pesadumbre que es la Villa y Corte de Madrid, Parnaso en casa, aunque también ofrezca sus riesgos al incauto que no vaya prevenido de un aviso y guía de forasteros y aun de vecinos. Parnaso, porque es un monte en dos o más cumbres dividido, y porque en él habitan, al menos, nueve mil musas, que diariamente sustentan de rimas y de ripios a muchos más de otros tantos poetas. ¿Quién que es no es poeta en el Madrid de los Austrias? El letrado y el lacayo, la cortesana y la monja, el alférez y el menestral u oficial de los más variados oficios o artesanías, el predicador y el prócer, y hasta la mismísima Majestad, que mal disimula su ingenio en letrillas y comedias de transparente seudónimo.

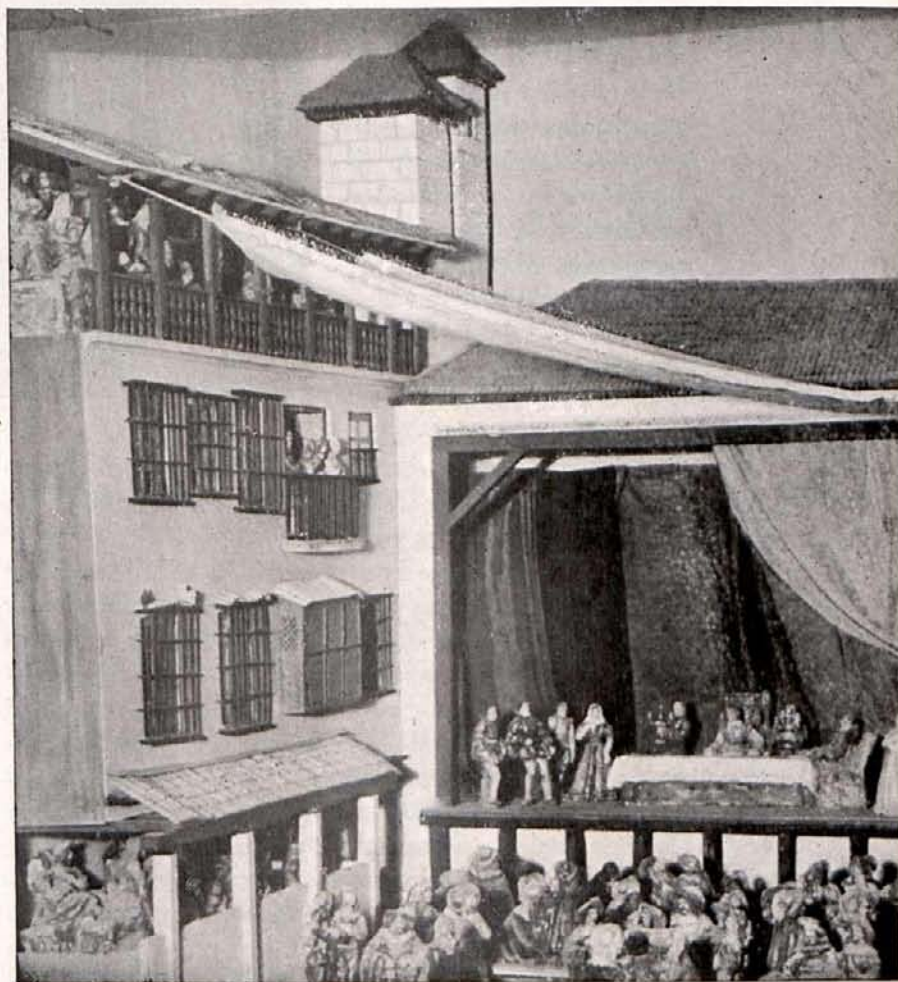
Todos poetas, porque entonces lo que hoy llamamos literatos, nuestra vida literaria aún no existía con realidad sustantiva y léxico propio. De letras

VIDA DEL PARNASO

P O R G E R A R D O D I E G O

rara vez se derivaba literatura o literario. El oficio consiguiente era el de letrado, el intelectual o literato de hoy. Y cuando el letrado pasa a ser monopolio de juristas, como el doctor de médicos, todavía sigue siendo el título de poeta el que cobija a todo escritor con apetencia de gloria y maneras retóricas. Aparte los poetas propiamente dichos, apenas si se concede carta de naturaleza en la república de las letras al historiador o al predicador, porque los libros novelescos son novedad aún no clasificada ni honrada, y el futuro periodismo está en mantillas de gacetería esporádica y sin periodicidad.

Tendríamos que hacer un inaudito esfuerzo de imaginación para figurarnos lo que era la vida profesional de tanto poeta y poetastro como pululaba a la orilla izquierda y aun a la diestra del Manzanares. No escasean, sin embargo, las referencias. Leyéndolas y ordenándolas con sistema, la estampa que podemos ir componiendo se ha de aproximar prudentemente a una realidad tan distinta de la actual. Comedias, sobre todo las del fabuloso Lope; novelas cortesanas o pícaras, ejemplares o biográficas; sermones con sus párrafos descriptivos y condenatorios de modas y costumbres; sátiras



ras y epístolas y desvergüenzas en verso; estampas de las que luego se llamarían costumbristas, con sus tipos y ambientes; guías, relaciones, memorias, estafetas, cartas, informes, diarios de viajes y cortejos. Y la implacable documentación testimonial de procesos, pleitos, herencias, pregones, premáticas con su rastro de inventarios, pesquisas y pruebas, catálogos de librerías y roperías y demás escurrajas de una vida no inventada ni soñada, sino realísima.

Vayamos husmeando y fijémonos, por ejemplo, en las reuniones de las Academias. Las Academias del siglo XVI ó XVII, mucho antes de fundarse la Real Academia Española, eran tertulias en casa de un noble, generalmente con aficiones poéticas, más o menos mecenas, y a veces, y sobre todo, con ganas de divertirse. Se reunían con bastante frecuencia en días fijos o de libre fecha, pero no solían durar muchos años, porque con frecuencia terminaban como el rosario de la aurora, o, si no, porque el sonde, su anfitrión o huésped, se marchó a Flandes o a Italia a pelear o a menesteres virreinales. En la Academia Imitatoria, en la de Saldaña o en la «Selvaje», se leían versos en serio o en broma, se cruzaban vejámenes no siempre benévolo, se desarrollaban asuntos o sujetos morales, religiosos o literarios, y se discutía por todo lo alto.

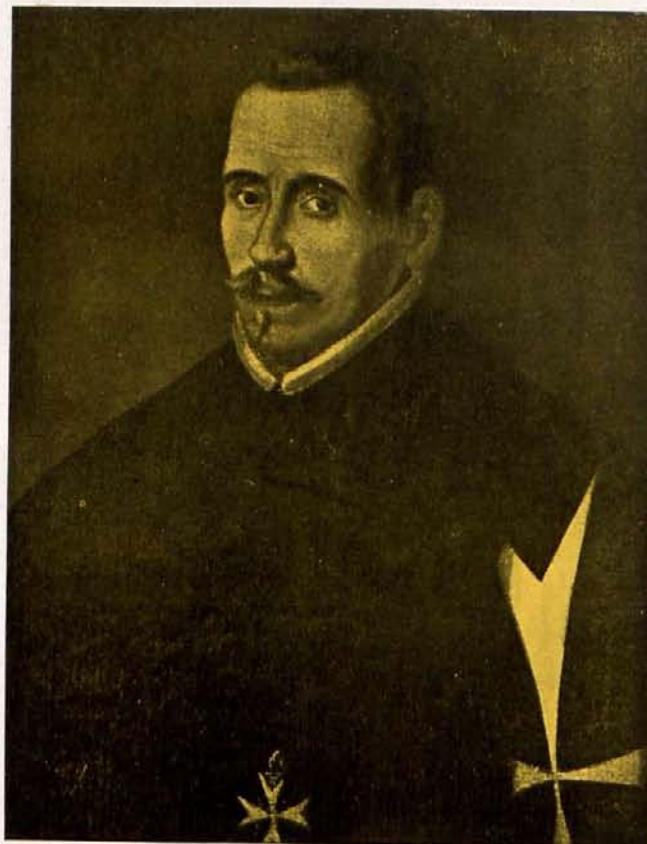
Cada poeta elegía un nombre, bajo el que encubría una condición o deseo de su carácter o de su pasión.

Cuánto daríamos hoy por asistir, siquiera fuese como algunas damas favorecidas de entonces, por algún resquicio o de tapadillo, a una de aquellas tertulias y poder contemplar juntos, y más o menos bien avenidos —como más de una vez se les vió en la paz de Felipe III—, a Lope, Cervantes y Quevedo, sin contar otras dos docenas de grandes ingenios de la escena, de la lírica y de la prosa. De algunos incidentes sabemos, ya por algunas actas, ya más bien por dedicatorias o párrafos confidenciales de correspondencia. Siempre se citan la anécdota contada por Lope de cuando leyó unos versos suyos con los anteojos de Cervantes, que parecían

hnevos estrellados mal hechos. La óptica, en aquel siglo de los «quevedos», era menos diáfana y graduada que en el nuestro; pero es de suponer que, ahuevados y todo, los «anteojos» de Miguel, quince años más viejo, servirían para la incipiente presbicia de un Lope de cincuenta y un años. O la agarrada, no ya a golpe de bonetes, sino a mordisco poético y desafío a la puerta de la calle del licenciado Soto de Rojas, de conocidas malas pulgas, y del sanguíneo Luis Vélez de Guevara. Muy divertidos son a veces los vejámenes, verdaderas caricaturas y crueles a veces, que nos dan en un solo rasgo físico o moral una idea seguramente exacta y reveladora del carácter de un poeta.

A veces la tertulia académica se dedicaba íntegra a un suceso de actualidad, conmemoración dogmática o alabanza fúnebre de reina o príncipe. Pero, en ocasiones, el escándalo de las libres opiniones trascendía tanto, que se imponía el cierre forzado. Tal como nos lo cuenta Cristóbal de Mesa, refiriéndose a los nobles o príncipes:

Si alguno dellos hace una
[Academia,
hay sectas, competencias y
[porfías
más que en Inglaterra o en
[Bohemia.
Algunas hemos visto en
[nuestros días
que mandándoles han poner
[silencio
como si escuelas fueran de
[herejías.



Los lugares de reunión en donde se podía habitar el conversado Parnaso no eran sólo en tiempo de los tres Felipes las Academias más o menos imitatorias, humildes, «selvajes» o peregrinas. Otros lugares de esparcimiento o de espectáculo ofrecían las más diversas y propicias coyunturas para la vida literaria, el intercambio de propósitos y noticias y el disparo de saetas envenenadas. Todo Madrid estaba plagado de mentideros. El Prado, con su paseo y sus galanes y sus damas afilando los conceptos de una lengua redicha y convencional, las márgenes del Manzanares pobladas en el buen tiempo de sabrosos discreteos e indiscretas aventuras; los atrios y aun las naves de los templos, en donde no todo era rezar, si hemos de creer a comediógrafos, novelistas y gaceteros, las imprentas y librerías,

propio lugar de murmuración y curioso de novedades; las plazas y calles todas de la Villa eran un solo y hormigueado mentidero de políticas, milicias y poesía.

Algunos parajes se habían acreditado como seguros mentideros de ociosos y murmuradores, y si la gente soldadesca prefería las gradas de San Felipe, en la misma Puerta del Sol, los aficionados al teatro frecuentaban el llamado «Mentidero de Representantes», en la plaza que formaba la calle del León al desembocar en la del Prado. Muy cerca de ella vivían en un momento determinado los tres mayores ingenios que simbolizaban cada uno una generación o semigeneración de gloria española y madrileña: Cervantes, Lope y Quevedo. Nada como la vida del teatro para establecer vínculos de ilusión poética, ni puede darse una Bolsa más idónea para pulsar día a día, y aun hora a hora, el valor de una poesía dramática o lírica de una hermosura o discreción femenina, de una honra, en fin, de hidalgo o de cómico. El vértigo con que surgían y se sumían en el olvido las comedias maravillosas, el atractivo irresistible de las tablas y el contraste y hermandad con que nobles y plebeyos se apretaban luego en los corrales de la Cruz o del Príncipe para jugar a cara o cruz la gloria de una tarde y los fuegos hondos o de puro artificio de la teatral invención poética, apenas son hoy imaginables, y el tiempo vivísimo, la marcha acelerada del teatro y su dicción elegantísima daban pábulo a toda suerte de entusiasmos, censuras y decepciones, rienda suelta a epigramas de toda laya y estofa.

Tampoco era mucho más calmo benévolo y moderado el sector clerical. Un sermón era, en el siglo XVII, frecuentemente un espectáculo social de la más alta importancia. Y el predicador prestigioso asumía un protagonismo madrileño que atraía sobre sí todos los peligros, hasta el del asalto al sagrado a mano armada, como sucedió en el sonadísimo episodio del Paravicino y los Calderones. Se hilaba muy delgado en materia de exordios, tópicos retóricos y figuras de novedosa agudeza para

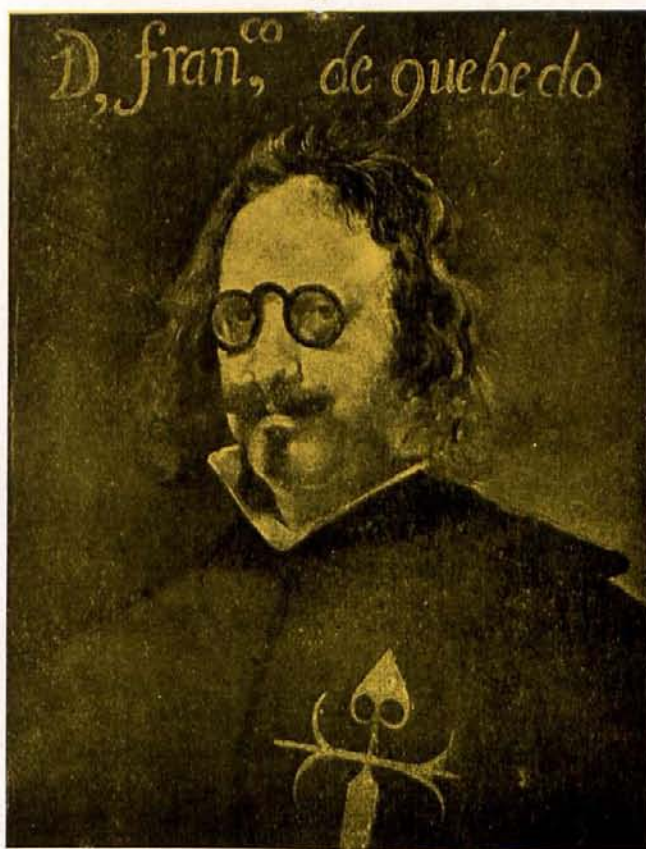
que no surgiese a cada paso una polémica callejera o una academia de impugnación teológica, donde los doctores en cánones y en metafísica especulativa encontraban abundante ocasión para lucir su panoplia y su arsenal de ergos y distingos.

En cuanto a la tertulia más íntima de tienda y trastienda, singularmente la de librería o artesanía de stampa, ya nos podemos imaginar su densidad profesional y la brecha que permitía para la murmuración prenatal, el pleito de prioridad o de derecho de autoría, e incluso para el plagio, ni más ni menos que la lectura de comedia a compañía o a autor (empresario) capaz de ponerla en escena. Son

valiosísimas las referencias que casualmente tenemos de estas pláticas de librería como, por ejemplo, la descubierta por Jaime Oliver Asín, que nos muestra al morisco ya expulsado recordando con toda precisión cómo en una librería de Alcalá —Alcalá, pulmón universitario de Madrid y patria de quien se sabe— pudo curiosear a su sabor un ejemplar del *Quijote*, poco más o menos por lo misma fecha en que Lope maldecía de él en carta al Duque de Sessa.

No terminaríamos nunca de recordar pormenores de la vida bulliciosa, de agitado parnaso callejero o de salones, de día de fiesta o de romería o de día de labor, de Glo-

rioso Corpus de Autos o de cualquier lunes de vuelta al trabajo. Hoy nos asombran hasta el escándalo los insultos e indecencias con que se obsequian mutuamente los más famosos ingenios de la Corte y, por supuesto, también los menos célebres. Quizá en nuestros días se haya moderado el tono, lo cual no quiere decir que la intención sea menos maligna o envidiosa. Lo cierto es que la historia de la vida literaria en tiempo de los Austrias observada en las sátiras, epigramas y facecias, tantas veces impublicables y, por supuesto, inestampables, es bien poco ejemplar, aunque para nosotros sea tan divertida en su derroche increíble de sales gordas y nas. Pero no debemos juzgar al siglo de oro sólo por sus escorias (en las que se esconde un poco de oro de poesía cuando el maldiciente se llama Que-



vedo, Góngora o Lope), sino contemplarle en toda su plenitud de vida total, con su cortejo de gloria y su sincero derrame de generosidad.

Nada más ilustrador de lo que era aquella vida que el teatro de Lope. Las comedias madrileñas de Lope nos dan copiosas muestras de la vida del parnaso y de su «viaje en casa». Citemos sólo un botón de toda su deslumbrante pasamanería. Lo arrancamos de la comedia *Quien más no puede*....

¡Bendiga Dios el poeta
que tal soneto escribió!

—¿No te agrada mucho?

—No;

que herejes hay de esta seta.

¡Pobres mujeres, en fin!

¿Todas han de ser coral,

ébano, marfil, cristal,

rosa, clavel y jazmín?

Yo vi un poeta denantes,

de estos cerrados de poros,

que a unos montes hizo moros

y a unas nubes sus turbantes.



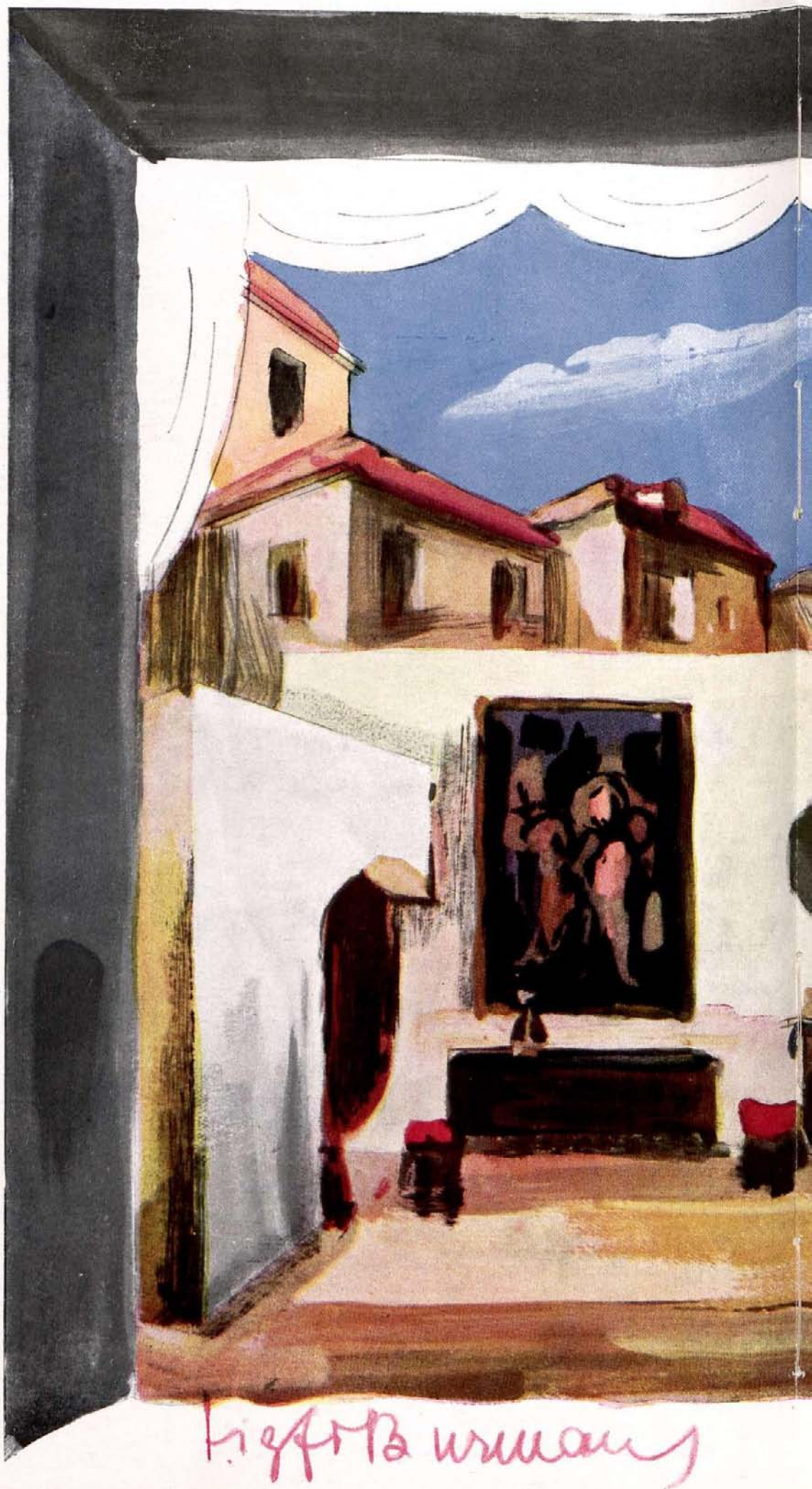
EL TEATRO

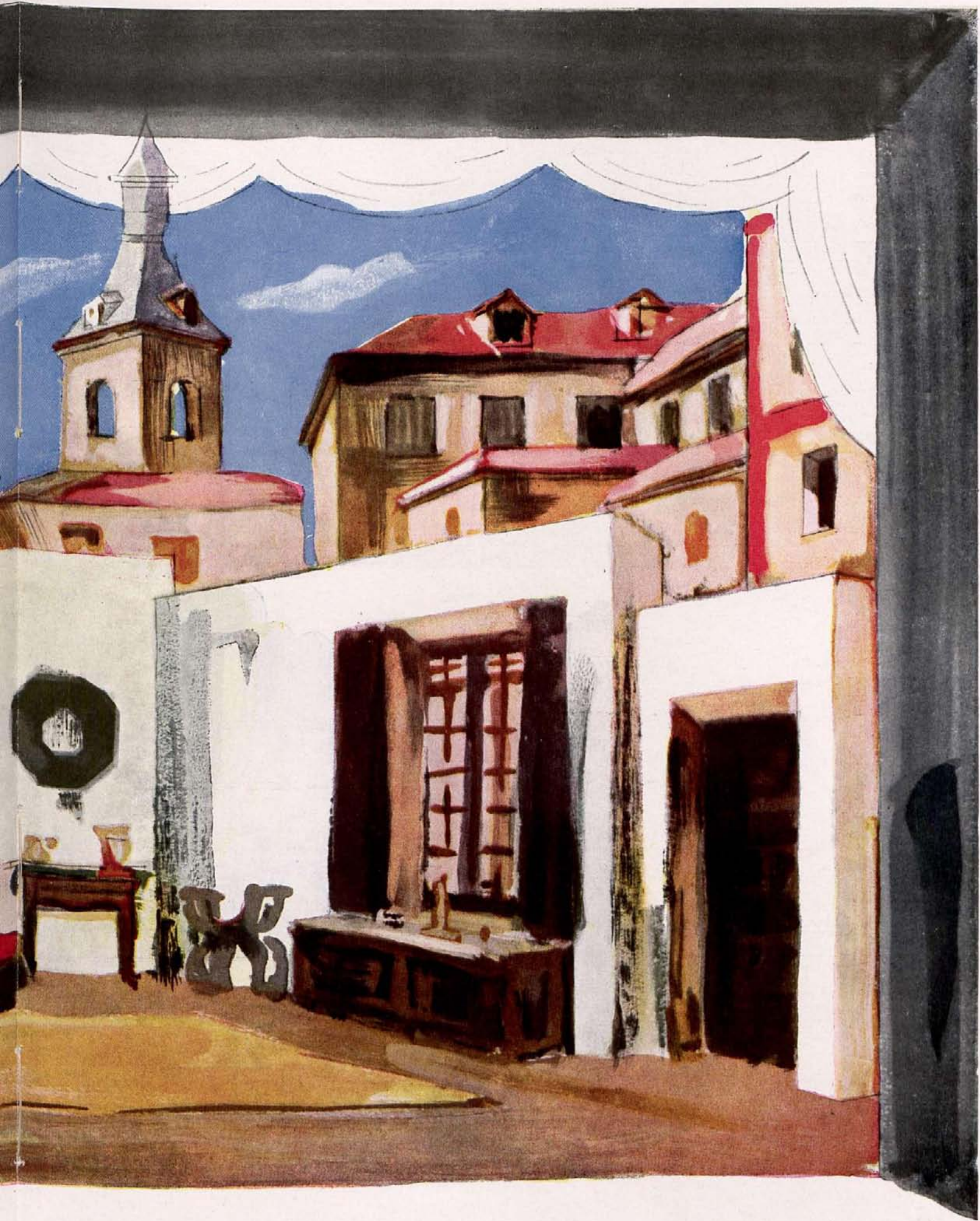
ESPAÑA ha legado a la cultura del mundo obras importantísimas en todos los géneros literarios; y uno de los siglos de oro más brillantes de Occidente ha sido el diecisiete español. Esto es indudable. Sin embargo, tal vez sea en el teatro donde mantiene una más amplia pluralidad de vigencias. En los repertorios de las grandes compañías teatrales de París, Londres, Berlín, Nueva York y Moscú figuran títulos de autores castellanos.

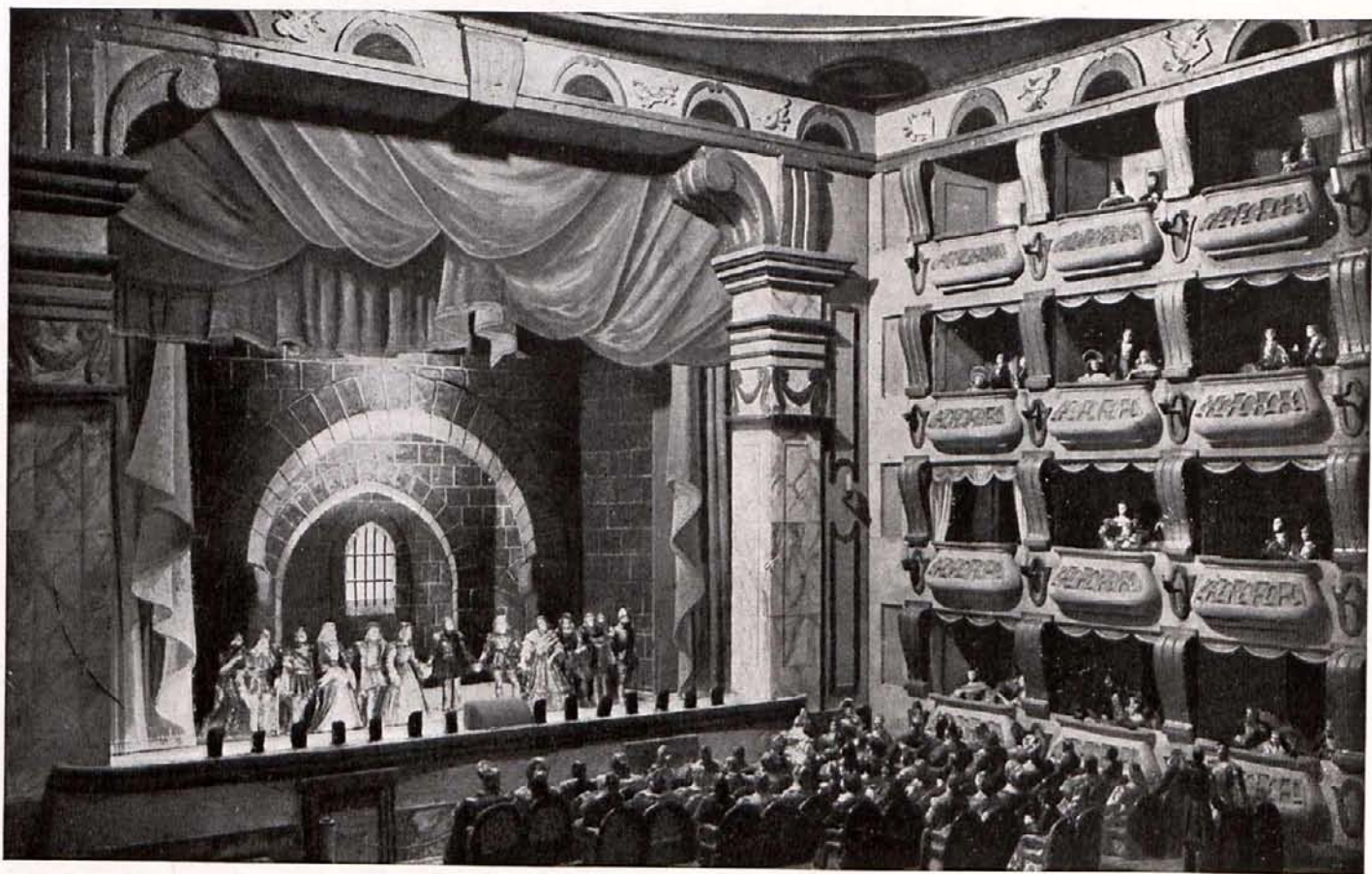
En la escena, o contemplando lo que en ella ocurre, el español se encuentra a gusto; quizá por aquello de que toda vida es teatro, o por el hecho de que el teatro es el único género literario en que los personajes no cesan de hablar. El español huye del silencio como huye de la soledad; por eso es en él donde mejor proyecta sus medidas de hombre. Calderón, Lope, Moratín, Zorrilla, Benavente o García Lorca están tan vivos entre nosotros como el señor López, ese vecino con el que nos cruzamos todos los días en el portal. Tal vez porque el teatro —recreación de la vida—, al fin y al cabo, no hace otra cosa que contarnos la vida de López.



LA decoración teatral es una realidad mágica; paisaje, estancia, flores u objetos enmarcando el pulso de unos personajes que sólo viven el tiempo de la representación. Siempre hemos creído que el decorador viene a ser el cayado en el que el autor se apoya para ser absuelto de todo pecado de soberbia. El dramaturgo se ve precisado a que otro artista le preste unas realidades que él no ha hecho más que señalar, exponiéndose a que ese préstamo se firme con usura y a la hora de levantar el telón sea el decorador quien coseche los aplausos. Claro que éste es un caso extremo, ya que habitualmente la escenografía no es más que complemento o continente; la alta luna y el jardín enmarcan palabras de amor; el desván, remordimientos del celoso homicida; la mesa de burda madera, las cuentas del avaro. La escenografía, a veces, se convierte en contrapunto, sin el cual sería difícil comprender la acción o el pensamiento de la obra teatral.







LA característica que profundamente distingue al teatro de los demás géneros literarios es el público. El teatro se ve y se escucha en colectividad, mientras que la poesía, la novela o el cuento se leen en soledad. Y el hombre no es el mismo en sus reacciones, en su aceptación o repulsa de la cosas, estando solo o acompañado.

Además, el teatro no es género de comunicación directa, ya que entre el autor y el público precisa un intermediario, llamado actor. Intermediario, que muchas veces cambia el rumbo de la obra, salvando del fracaso lo que se precipitaba hacia él o hundiendo lo que parecía destinado al éxito.

De esa comunicación física, viva, entre autor y espectador a través del actor, surge el misterio teatral y su consecuencia inmediata: esa terrible incógnita iniciada al levantarse el telón —que tanto conocen y temen dramaturgos y cómicos—, que lleva al aplauso o al pateo.



DON RAMON DE LA CRUZ Y SUS ENEMIGOS

POR NICOLAS GONZALEZ RUIZ

SÓLO a dos hombres —que yo sepa— se les ha señalado en su tiempo por adversarios eminentes, como «monarcas» de nuestro teatro. El primero fué Lope de Vega, aludido así por Cervantes en una de las fases de la actitud agridulce que observó con él. El segundo fué don Ramón de la Cruz, llamado «monarca dramático» por don Tomás de Iriarte. Digamos pronto que esta última de-

signación carece del dejo de nobleza y magnanimidad que tiene la otra. Más bien supone una acusación de tiranía. Pero en ambas, cualquiera que sea la interpretación que se les dé, existe el reconocimiento de un hecho: el monarca del teatro es Lope de Vega en un momento histórico. En el que hoy nos toca analizar rápidamente ese monarca es don Ramón de la Cruz.

Cese aquí el paralelo, añadién-

dole tan sólo que en ambos casos es el pueblo el que apoya esa monarquía. La diferencia de tiempos, de categorías estéticas y de potencia creadora no permite más. Cada siglo tiene lo suyo. En el XVIII, el favor público del que goza don Ramón de la Cruz es el que merece su teatro vivo, espejo fiel y glosa chispeante de la sociedad de su tiempo, frente a las producciones de cartón piedra, con más piedra

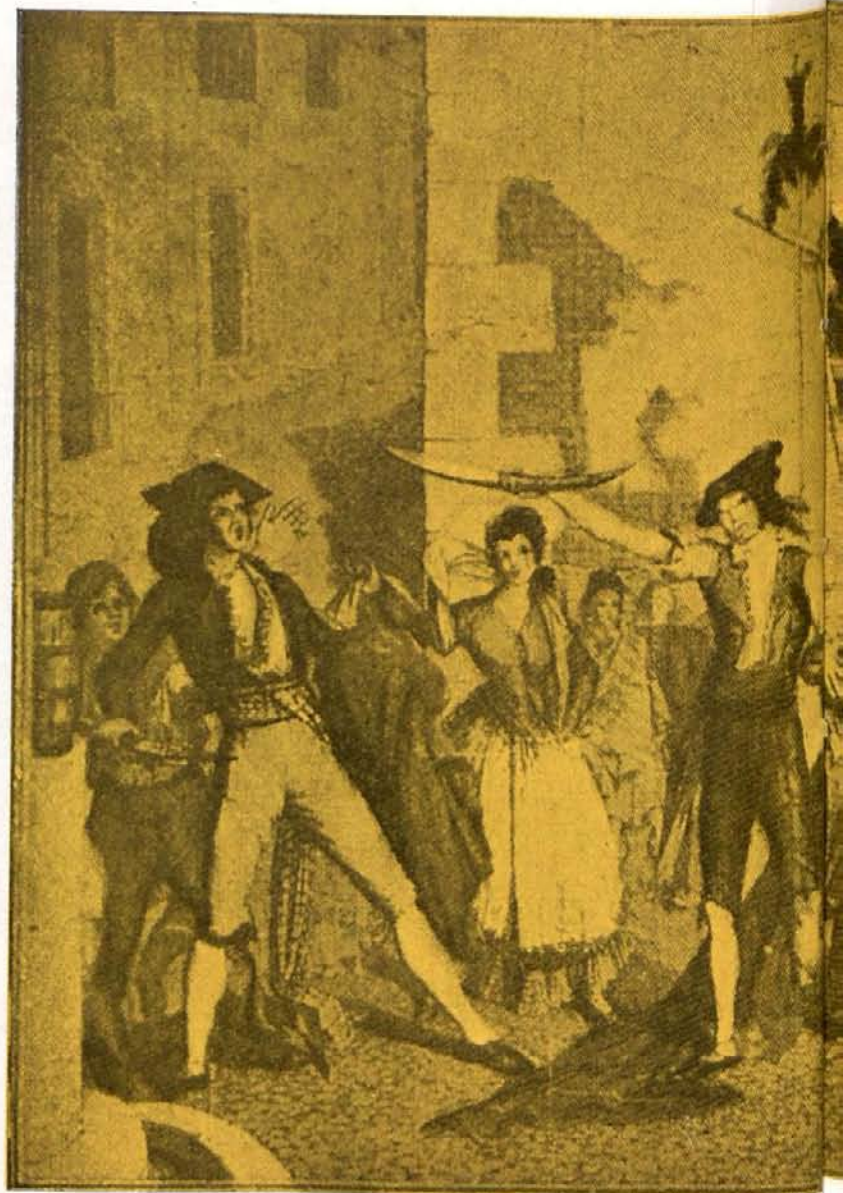
que cartón (si atendemos a la pesadez) que tiene enfrente. Si el pueblo madrileño, puesto a elegir entre los sainetes y las zarzuelas de don Ramón y la «Hormesinda» de Moratín, padre, se decide por lo primero, tiene razón que le sobra.

Con la excepción de evidente calidad literaria, aunque de vuelo recortadísimo como teatro, de don Leandro Moratín, el teatro popular tiene enfrente a la degeneración increíble de nuestro teatro clásico que llega hasta los engendros de Comella, o el teatro de las unidades, frío, moralizador, inerte. Estoy por decir que entre los dos todavía sigue teniendo razón el público si prefiere a Comella, autor de innumerables obras, como la tragedia «Riquimero», rey de Gocia, que está en guerra con Rodoaldo, rey de Noruega, pues este último le ha soplado el trono a Grimoaldo, padre de Eduvige, que es la novia de Riquimero. No son óstos tan sólo los personajes ilustres de la obra, pues nos queda Vitige, príncipe de Dania; su amada Ermelinda, el gran Edelberto, príncipe de Bohemia, y otros sujetos de calidad. Falsedad de una clase, o falsedad de otra, la gente acaba por decidirse por las castañeras, los chisperos, los abates, los pisaverdes y demás personajes movilizados por don Ramón.

LA GRAN BATALLA DEL TEATRO

Era éste un madrileño, bautizado el 2 de abril de 1731 en la parroquia de San Sebastián, aunque sus padres fueran de Canfranc, él, y de Gascuña, ella. Sangre de Aragón y de la Alcarria. Pero Madrid en los ojos y en el corazón, visto todos los días desde la calle de Segovia, donde don Ramón tenía la oficina de la Secretaría de Penas de Cámara, donde prestó servicios a partir de 1759 por cinco mil reales al año. No tuvo nunca dinero, aunque su larga producción teatral no dejó de proporcionarle alguno. Alcanzó los diez mil reales en 1774. Cuando murió, su viuda, doña Margarita de Magán, natural de Salamanca, se presentó en la oficina a pedir ayuda para enterrarlo. En varias ocasiones don Ramón había solicitado préstamos del Ayuntamiento.

Hacia 1770 puede situarse el momento crítico de la gran contienda del teatro, resuelta siempre por el público con tanta claridad que no podía irse contra él más que intentando el empleo de las fuerzas coercitivas del Estado. Puede que el conde Aranda, muy



amigo de los literatos a la francesa, pensase alguna vez en ello. Pero los campeones de las unidades y el «buen gusto» no obtuvieron más victoria en todo el siglo, y no fué pequeña, que acabar con los autos sacramentales. Se prohibió que fueran representados, so capa de servir así a la religión, y aunque no dejaban de despedir cierto tufo estos nuevos corifeos del decoro religioso, como Dios escribe derecho con renglones torcidos, puede que hiciesen un bien, ya que la representación de los autos había degenerado mucho.

Pero quedó solamente en proyecto el que había confeccionado don Francisco Mariano Niño, a consecuencia de las presiones ejercidas para que el Go-



Grabado del sainete "Manolo".

bierno no autorizase más representaciones teatrales que las ajustadas al canon neoclásico. No sabemos lo que hubiera sucedido con el intento de acabar de una vez, como se deseaba, con los sainetes, entremeses, tonadillas, zarzuelas, representaciones de clásicos españoles en general y todo lo que la gente iba a ver. El fabuloso don Mariano Nifo había propuesto la estatificación total del teatro. Este, tal como se hallaba en el momento, debía ser «enteramente abolido». Para que resurgiese, el Gobierno sería único dueño de los locales y único empresario. Los cómicos serían funcionarios con sueldo fijo (lo que a muchos de ellos no les vendría nada mal), y por ahí proseguían una serie de dislates que mostraban a qué extremo de im-

potencia llegaban los que pretendían ampararse en eso para escribir ellos y que no escribiesen los demás.

No hay que pensar, sin embargo, que todo lo que no era popular resultaba tan deleznable. La vida literaria de los que pugnaban por un teatro a la francesa y una lírica a la italiana se centró en la famosa tertulia de la Fonda de San Sebastián, sita frente al cementerio de esta parroquia, esquina a la plaza del Angel. La regentaba por esos años «cruciales» del 70 el italiano Gippini, especializado en cocina y repostería. En ella tomaron posesión de un cuarto independiente los miembros de una tertulia de notoria influencia en la vida literaria del Madrid de entonces. Dos o tres italianos muy españolistas, como Signorelli, eruditos de indudable categoría como don Ignacio López de Ayala, y escritores que son hoy, junto con su adversario don Ramón de la Cruz, unidos amigos y enemigos en el mismo recuerdo que los ensalza, lo mejor que el siglo XVIII nos dió: Cadalso, Moratín, Iriarte...

Pero en el teatro no podía haber opción, ni cabía otra cosa que la comedia moratiniana como contrapeso del sainete de Cruz. Aquella «Numancia destruída», tragedia de López de Ayala que no hay quien la trague, o «El Guzmán», del académico don Enrique Rancos, de la misma tertulia, o «El señorito mimado», la pobre comedia de don Tomás de Iriarte..., no podían aspirar a otra cosa que a una forzada y rápida aparición en la escena. El valor cierto e inamovible de nuestro teatro del XVIII, su monarca indiscutible, es el gran sainetero de Madrid.

TODO MADRID

Todos los críticos «serios», las gentes del «buen gusto» y demás, censuraban acremente la costumbre que imponía en las representaciones teatrales madrileñas que las tres jornadas de un drama quedasen separadas entre sí por la tonadilla, entre la primera jornada y la segunda, y el sainete entre la segunda y la tercera. La gente iba al teatro a ver los intermedios, esto es, lo que significaba teóricamente adobo en vez de lo que debía ser sustancia. Pero es que muchas veces no había más sustancia que la del sainete. En éste se reflejaba la verdad en torno. Y en él se reconoce a veces lo que importa e interesa la tonadilla, pues hay quien va al teatro casi diariamente sólo por



ésta. En el sainete, que tengo por anónimo, «La disputa del teatro», se decía:

Bobo hay que todos los días
viene al patio y con inquieta
agitación, que lo turba,
ni reposa ni sosiega
hasta que la tonadilla
le vuelve el alma, y de tierra
casi se levanta un palmo
sobre las otras cabezas.

Por el sainete sabemos esa y otras muchísimas cosas. Don José Somoza decía: «El que quiera conocer a fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, estudie el teatro de don Ramón de la Cruz.» Tal vez no debía decir propiamente costumbres españolas, sino madrileñas, aunque bien puede pen-

sarse que la vida madrileña era trasunto y compendio de la de España.

Y cierto que la vida madrileña está recorrida de un punto cardinal al otro en los sainetes de don Ramón. De las 542 obras teatrales del gran sainetero, que incluye el catálogo alfabético que don Emilio Cotarelo publicó, hay que descontar 69 entre arreglos de comedias extranjeras, tragedias, libretos de ópera, etc., y nos quedan al pie de 473 sainetes, contando como tales algunas parodias o tragedias burlescas, entre las que figuran algunas de tan claro valor sainetesco como «El muñuelo», que más que parodia, como el «Manolo», es la tragedia planteada por la fuerza que ciertos prejuicios o «puntos de ho-

nor» tienen entre la gente del bronce.

Toda la gama de tipos de la sociedad madrileña aparece en la vasta galería del sainetero, aunque visto todo con lente popular. Marqueses, abates o damiselas, petimetres, cortejos, etc., están vistos en su contacto con los chisperos, manolas, naranjeras y demás elementos populares. Suelen quedar, pues, en ridículo, pero en ello no hay nada tendencioso, ya que tal suele ser el destino de los aristócratas que se mezclan en aventuras con el pueblo. Este es el amo y señor de la escena en los sainetes, y don Ramón de la Cruz, instalado entre él, refleja lo que sucede en su seno con toda verdad. La sociedad madrileña, tal como



se la ve en las obras de don Ramón de la Cruz, es un estudio que no creemos se halle realizado de una manera metódica y exhaustiva entre nuestra bibliografía del siglo XVIII.

Es ocioso intentar una cita de los mejores sainetes de don Ramón de la Cruz. No conduciría a nada. En obras de esta índole lo importante es el conjunto de ellas, que se complementan entre sí. Ciertamente hay sainetes mejores y peores entre la extensa labor del gran madrileño. Pero la selección de unos cuantos títulos es por extremo arriesgada y siempre muy discutible. A mí me gusta y me parece muy típico y completo; pongo por caso «La pradera de San Isidro»; pero habría que establecer,

por lo menos, una selección de doce o catorce que correspondieran a cada uno de los aspectos de la vida madrileña de los que Cruz se ocupó.

Renuncio a ello, aunque no a terminar con una alusión a las zarzuelas con que don Ramón alimentó durante años las temporadas veraniegas del príncipe, que se suspendían para dejar paso a las representaciones dramáticas para la temporada de otoño invierno. Las noches de verano presenciaron representaciones de las grandes obras líricas teatrales de don Antonio Rodríguez de Hita, el más importante colaborador musical de don Ramón de la Cruz, que nos dejó las partituras de «Las labradoras de Murcia», «Las segadoras de Va-



llecas» y la ópera «Briseida», tan estimadas, sobre todo la primera, por Pedrell, que tan a fondo estudió la música del siglo XVIII.

Don Ramón de la Cruz murió en 1794. Había llenado la vida teatral madrileña desde 1757 a 1792. El éxito popular le acompañó. Las diatribas de sus adversarios no cesaron nunca. Iriarte le aludía en la dedicatoria a Cadalso de su traducción del «Arte poético», llamándole, en versos ramplo-nes, autor de «sainetes chabacanos», «zarzuelas de noches de verano» y «tonadillas». Era, por lo visto, mejor escribir áridas comedias y tragedias plúmbeas sin inspiración y sin gracia. Porque si el bueno de don Tomás no llega a escribir las fábulas...

El Madrid de Larra



(LAS TERTULIAS ROMANTICAS)

POR ANTONIO GALLEGO MORELL

FEDERICO de Madrazo ha trazado la figura del Romántico, y Mesonero Romano nos ha legado su retrato literario: «Un estrecho pantalón, que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas, una levitilla de meneguada faldamenta y abrochada tenazmente hasta la nuez de la gar-

ganta; un pañuelo negro, descuidadamente anudado en torno de ésta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él, descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado que, formando un doble bucle convexo, se intro-

ducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer éstas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear a dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar



Apunte de un café de la época romántica.

sombrío, una frente triangular y fatídica».

Así eran los hombres que se reunían en los salones del siglo XIX, imagen bien distinta a la de los atildados cortesanos de los salones dieciochescos: así eran *los poetas* que Esquivel congregó en su estudio en 1846. No olvidemos que el pretexto de la reunión fué una lectura de Zorrilla, pero más bien diríase que este lienzo, en el que está viva toda la literatura española del siglo XIX, está inspirado en aquel momento estelar del Romanticismo español que fué el entierro de Larra. Mesonero, como buen cronista del Madrid de entonces, da fe de aquella jornada con las siguientes palabras: «Y llegados que fuimos —dice Mesonero— al camposanto de la puerta de Fuencarral, y antes de introducir el ataúd en su modesto nicho, el marqués de Molíns pro-

nunció algunas sentidas frases en loor del desdichado suicida; adelantóse luego, con tímido continente, un joven, un niño aún, pálido, macilento, de breve persona y melancólica voz; pidió permiso para leer una composición y, obtenido, hízolo de un modo solemne, patético, en aquellos versos que empiezan:

Ese vago clamor que rasga el viento
es el son funeral de una campana!!
Vano remedo del postrer lamento
de un cadáver, sombrío y macilento,
que en sucio polvo dormirá mañana!!»

Reunión a cielo abierto, en un cementerio, frente al ataúd en que reposaba el cuerpo de un suicida: «todos en pie, enlutados y llenos de dolor». Ahí tenemos todo el sentido filosófico y trágico del Romanticismo, y, además, su tramo-

ya. También están enlutados los poetas de Esquivel; falta el cuerpo de «Fígaro», faltan los cielos y los cipreses del cementerio, y estamos, en cambio, en el estudio del pintor. Todo tiene sabor de época, incluso las barbas de Antonio Flores o de Campoamor, los bastones de Bretón de los Herreros, de Francisco Javier de Burgos o de Julián Romea. Los cuarenta y cuatro escritores retratados han compuesto una tertulia presentada con el más exacto sentido de lo que es el arte de la composición; por eso Rosell, subido en una escalerilla, alcanza un libro —denunciando así la existencia de la librería —para equilibrar las cabezas de Espronceda y del duque de Rivas, cuyos retratos, decorando el estudio, denotan ya que se les asigna el papel de mentores literarios de la segunda generación romántica. Esquivel ha com-

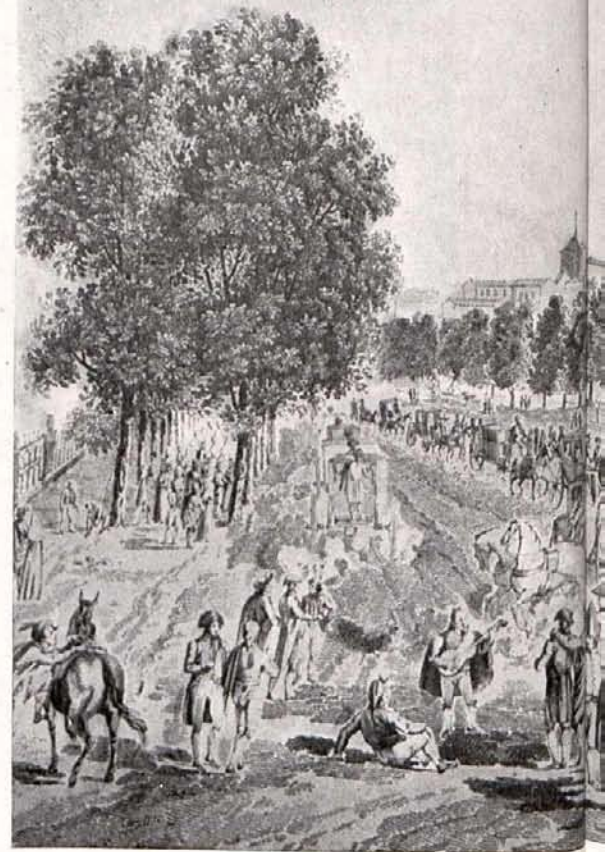
puesto una tertulia en la que Zorrilla lee sus versos mientras cada asistente nos ofrece el desplante de su personalidad: son los mismos del entierro de Larra, «maestro de la presente juventud», como le llamó «Azorín» cuando otro cortejo de jóvenes, enlutados y cubiertos con sombreros de copa, se dirigieron al cementerio madrileño de San Nicolás el 13 de febrero de 1901: «llevaban en las manos ramitos de violetas» y «el sombrero de alguno de estos jóvenes era de ala plana, recta; una larga melena bajaba casi hasta los hombros; el cuello iba rodeado con triple vuelta de una negra corbata. Diríase una típica figura de un cuadro de Esquivel». Pero ya no es Mesonero quien lo cuenta; es «Azorín» el que retrata esta tertulia, celebrada también a cielo abierto y frente a los huesos de «Fígaro», la última del Romanticismo y la primera que congrega a los jóvenes de la generación del desastre.

* * *

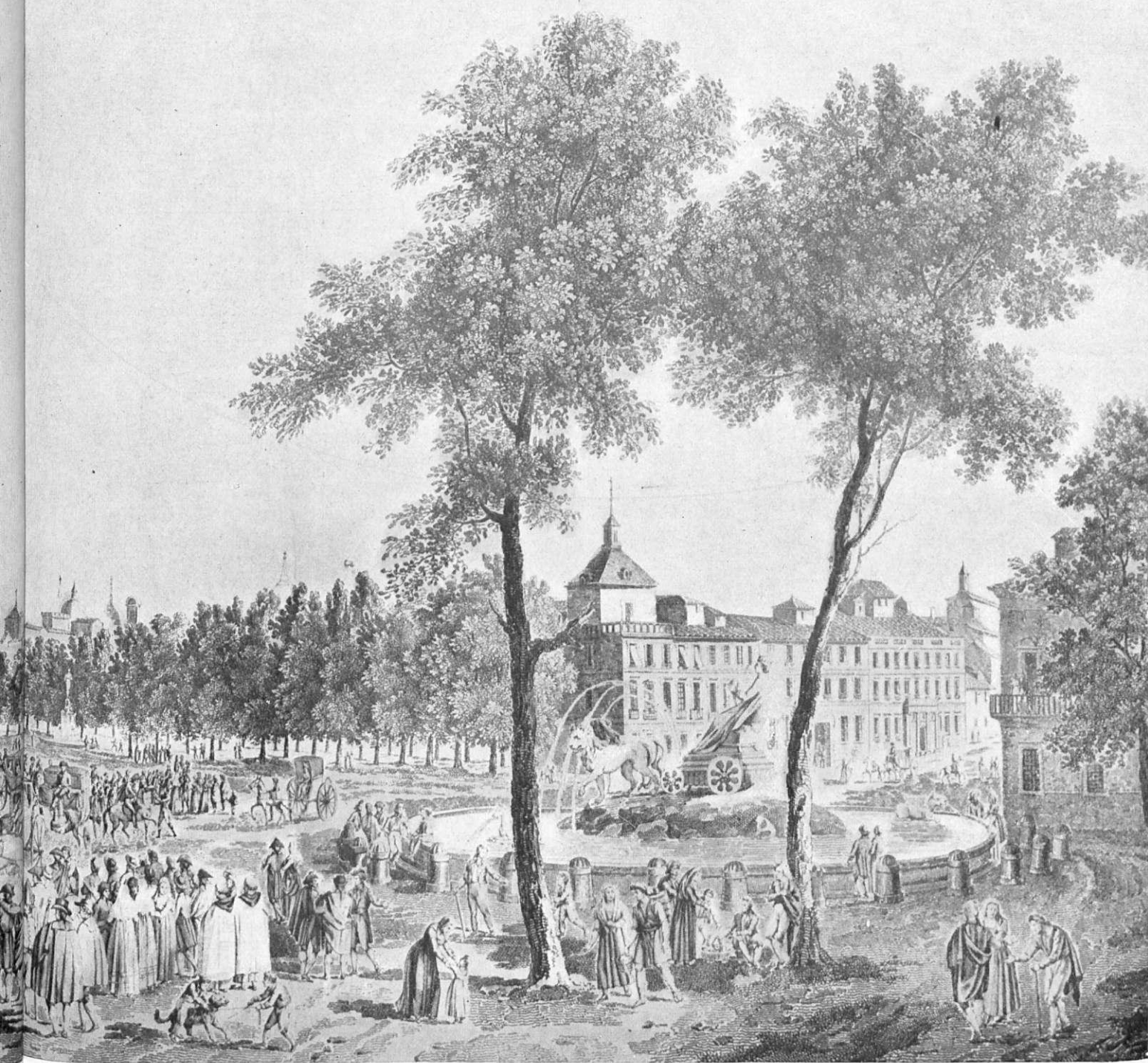
Equivocadamente se vienen considerando las tertulias románticas como una continuación de las academias literarias, que gozaron de tanto prestigio a lo largo de nuestra edad de oro, y quizá fuese más exacto considerarlas, en muchos aspectos, como una continuación de las múltiples sociedades secretas o patrióticas que tan poderosamente influyeron en la política española a lo largo del siglo XIX. Este entronque del Romanticismo y las sociedades secretas es un denominador común del romanticismo a ambos lados del Atlántico. La divisa francesa de libertad, igualdad y fraternidad había calado en múltiples sociedades que surgen bajo los lemas similares de la «Joven Polonia», la «Joven Italia» o la «Joven Suiza». El frac azul de Werther es la única moda para los inquietos estudiantes de Alemania o de Coimbra que asaltan los cementerios cantando la «Canción de los Estudiantes», de

Goethe. Eran, no cabe duda, peligrosos estos contactos: junto a la influencia avasalladora de los ideales revolucionarios de Francia está la fuerza de la francmasonería. El profesor Jamil Almansur Haddad ha estudiado recientemente este entronque del romanticismo con la masonería, referido primordialmente al caso de la literatura brasileña.

En cuanto a España, y a partir del siglo XVIII, actúa en la vida literaria la Real Academia Española de la Lengua, en la que imperarán principios totalmente opuestos a los que triunfan en las tertulias decimonónicas. Por imitación francesa irrumpen en la vida pública la Academia y la Biblioteca Nacional, y traídas por emigrados son aplaudidas en los cafés de la disidencia las nuevas y explosivas ideas literarias. Como en tantas otras ocasiones, han perdido la batalla ideológica los vencedores de la guerra. Si la Academia pretendía imponer reglas y salvaguardar el respeto a ciertas normas, en las tertulias triunfaría el ideal de la libertad: el gran postulado y el gran mito del liberalismo literario patrocinado por los románticos, y del romanticismo político que propugnaban los liberales. Es, pues, esencial, al referirnos a las tertulias románticas españolas, arrancar de la desgraciada empresa napoleónica, que origina el glorioso desplante popular de mayo de 1808 y las tareas de las Cortes gaditanas; si a esto añadimos la devoción nacional por El Deseado y la actitud posterior de éste, tendremos el fondo sobre el que se dibuja el desencanto político de la generación de la guerra. Fernando VII encarna la presencia de los ideales clasicistas al impedir la propagación del pensamiento político más avanzado, y es por él por quien el pueblo madrileño se alzó en demanda de libertad, quien con su actitud, después de las jornadas de Bayona, provoca la conspiración y la clandestinidad, las ocultas reuniones en las que se acuerda derribar ministerios o se



aplaudiva la lectura de un poema. Y son tantos, entonces, los que escriben, los que conspiran, los que se reúnen en los viejos cafés, que de ellos hubo de decir Galdós, refiriéndose al año 137, en su *Estafeta Romántica*: «¡Peste de literatos! No hay quien haga carrera con ellos. Quéjense de que las letras no dan para vivir y se pasan la vida lim-



piando con los codos las mesas del Parnasillo y ensuciando con sus lenguas las reputaciones... clásicas.» Los poetas del Parnasillo, o lo que es lo mismo, la literatura española del siglo XIX; pero como sorprende Gracián: Madrid «nunca había podido perder los resabios de villa», y el Romanticismo llega a Madrid cuando ya ha triunfado en las pro-

vincias. Es necesaria la *Guía de Forasteros* para saber corretear por la Corte, pero son los forasteros los portadores de las nuevas ideas.

Asomémonos al Parnasillo en 1830: «Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas...»: así ha sintetizado Larra el año 1830. Por ese año, los literatos deciden establecer su cuartel gene-

ral en «el más destartado, sombrío y solitario» café madrileño. Mesonero hizo, en 1880, la mejor evocación del café del Príncipe. Mesas —no es sólo literatura— de pintado pino, sillas de Vitoria, lámparas de candilones y quinqués, y allí (medio sorbete a dos reales vellón o café con su plus o tostada, a discreción), «al frente de la mesa, que

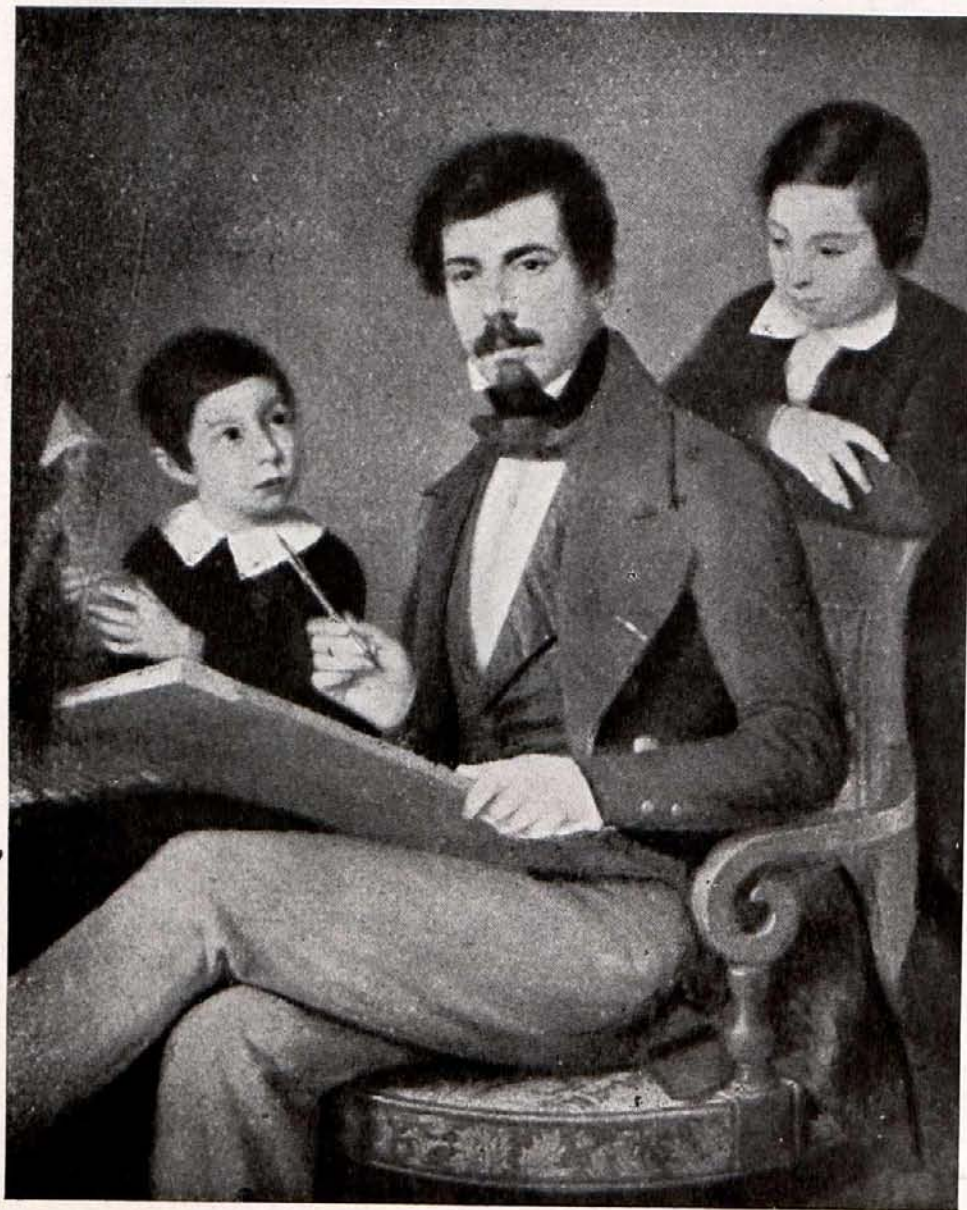
pudiéramos llamar presidencial —nos cuenta Mesonero— el dictador teatral, Grimaldi, tendía el paño y disertaba con gran inteligencia sobre el arte dramático y la poesía...; allí, Espronceda, con su en-tonada y un tanto pedantesca actitud...; Larra, con su innata mordacidad, que tan pocas simpatías le acarreaban». Pero faltó el pintor, el pintor que en nuestro siglo tuvo Pombo, que sorprendiera, sentados en las sillas de Victoria, a Hartzenbusch, García Gutiérrez, Zorrilla, Campoamor, Tassara, Rubí, Donoso Cortés, Carnerero, Bretón, Espronceda, Escosura, Santos Alvarez, Romero Larrañaga y tantos otros. ¿Cómo no tenemos la versión plás-

tica del Parnasillo, a pesar de Madrazo, Rivera, Tegeo, Carderera, Jimeno, Camarón, Villaamil, Esquivel, Mendoza y Gutiérrez de la Vega, pintores que Mesonero recuerda como asiduos de aquella tertulia?

Don Juan Valera también evoca su tertulia y las discusiones tan frecuentes en ella: «Mi tertulia más ordinaria, en todos sentidos, es el café del Príncipe o de los Literatos. ¡Válgame Dios y qué discusiones y disputas se arman allí y cómo murmuran los unos de los otros!» «¡Peste de literatos!», había dicho Galdós..., «se pasan la vida limpiando con los codos las mesas del Parnasillo»; y allí iba también La-

rra, al «reducido, puerco y opaco café del Príncipe», como más tarde lo recordaría. En el Parnasillo leería Roca de Togores, más tarde marqués de Molíns, su obra romántica, «El duque de Alba», cuando aún no había triunfado el Romanticismo en los escenarios, y fué esta misma obra, de nuevo leída un sábado de Gloria en los salones de la condesa viuda de Montijo, repetidamente ensayada en dicha casa por un grupo de aficionados, entre los que figuraba Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses, que alentó a Lesseps en la empresa de un canal abierto al tráfico con mentalidad europea y que es creación de este viejo continente, que tiene el deber, si no quiere ya defender su existencia para mañana, de defender, al menos, su gloriosa historia: y Suez es historia europea por encima del suelo y del derecho internacional.

«Azorín» ha llamado al viejo café madrileño el solar del Romanticismo castellano, solar sobre el que pueden alzarse *El Ateneo* y *El Liceo*, nuevas tertulias ya organizadas, que, con el Instituto y Academia Filarmónica, son las sociedades culturales madrileñas a las que da vida la heterogénea tertulia del Parnasillo. Se inaugura el Ateneo en 1835 con un discurso de su primer presidente, el duque de Rivas, y en 1838 la reina es recibida en los salones del Liceo. El Romanticismo ocupa el poder; ¡qué lejos ha quedado ya el Parnasillo y las tertulias gaditanas! Las embajadas y los ministerios producen más que la literatura, «y sólo Zorrilla y el que esto escribe —y quien escribe es Mesonero— se obstinaron en conservar su independencia y su nombre exclusivamente literario y sin aspirar a su engrandecimiento por otros caminos, con la circuns-



Esquivel, retrato de la época.



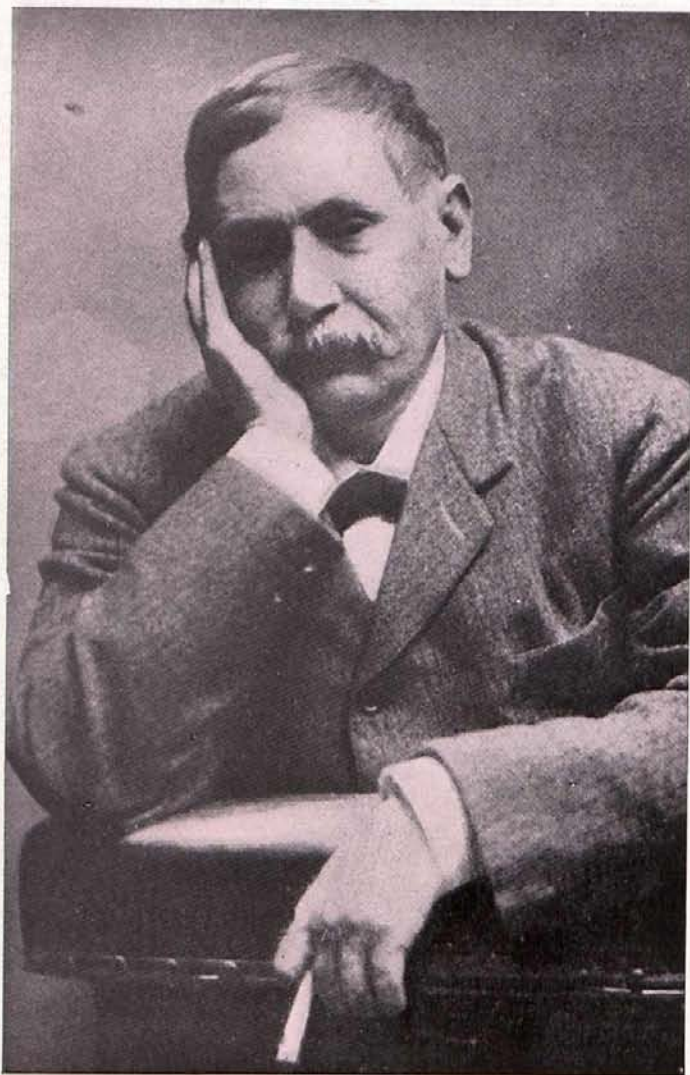
La emperatriz Eugenia, rodeada de sus damas de corte en un lienzo de de Winterhalter.

tancia, en pro del ilustre Zorrilla, de que a mí sólo me faltaba la ambición, y a él faltaban la ambición y la fortuna».

Cabría señalar otras tertulias madrileñas: la congregada en casa de Carolina Coronado, tras el establecimiento de la poetisa en la Corte

en 1848; la de don Aureliano Fernández Guerra, la del marqués de Molíns, la del duque de Rivas, la del escultor Piquer, etc. El afán marcial del siglo XIX llevó a un grupo de escritores a integrarse en un regimiento bajo el mando de Quintana, que figuró como coronel,

y de Lista, como teniente coronel, regimiento de literatos que publicaba su boletín oficial, *El Cinife*, y cuya plana mayor estaba formada por Zorrilla, García Gutiérrez, Hartzenbusch, García Tassara, Bretón, Rivas, Campoamor, Arolas, Mesonero.



EL MADRID DE GALDOS

POR JOSE RODULFO BOETA

HAY algo más que un Madrid de Galdós. Es toda una dimensión intemporal del vivir —de un vivir con melodía— la que brota del fabuloso censo galdosiano sobre la capital de España. Madrid —un Madrid importante, acaso el de su cristalización definitiva, el de la segunda mitad del siglo XIX— se remansa porosamente en la obra de Galdós para entregarse en síntesis pura, en absoluta intimidad de existencia, paisaje y sentimiento.

Es a través de Galdós —con el antecedente fragmentario de Larra— cuando Madrid alcanza, por sí mismo, como entidad propia y «personal», fuera de lo anecdótico y circunstancial, auténtica jerarquía literaria; cuando se hace ósmosis profunda de seres humanos susceptibles de engendrar un estilo de vida. En la novelística de Galdós se decanta y destila una de las constantes más veladas y verda-

deramente madrileñas: la de ese resignado y mesocrático fluir de muchas de sus gentes, ajenas —por puro decoro espiritual— al resobado cliché de lo castizo que componen, en abigarrado y sainetesco maridaje, «la aristocracia» y «el pueblo».

Los personajes de Galdós —todo un universo humano de fracasos y sueños, de frágiles latidos, de familias en torno a la mesa camilla, de juventud en sombra, de gentes marchitas a las que no acaba de abandonar del todo la esperanza— se definen a sí mismos con veracidad y equilibrio y nos identifican plenamente con sus psicologías. Una intensa matización —tan característica del arte galdosiano— ha macerado en ellos los planos de la afectividad, del humor y la ternura, de ideas y creencias, levantando sobre sus vidas vulgares —como toques de sol en un cuadro de invierno— una estremecida vibración,

una poesía de la lógica que las dignifica y ennoblece.

Desde Cervantes —saltando sobre un vacío de tres siglos— la novela española no alcanza intensidad y plenitud hasta Galdós. Su poderoso aliento genésico saca a la luz, en constante «poiesis» de humanidad, a una galería inacabable de hombres y mujeres dotados de personalidad histórica, esto es, independientes del escritor y del lector; seres de una precisión absoluta, con forma, conciencia y pasión, pasmosamente libres, habitando realmente todo el

estrato social de una época: Torquemada y Juanito Santacruz, Fortunata y Jacinta —dos paradigmas de lo femenino—, Estupiñá, Guillermina Pacheco, Doña Lupe, las de Branga, Arnaiz, Angel Guerra, Monsalud, Gabriel Araceli... El realismo mágico de Galdós, de auténtica raíz española —pensemos en Cervantes, en Velázquez, en Zurbarán—, abate de un golpe el acartonado andamiaje de la novela postromántica y del naturalismo. Galdós restaura un soleado humanismo en el horizonte de nuestras letras y se impone a sí mismo exactitud,

La fuente de Neptuno, a finales del XIX.



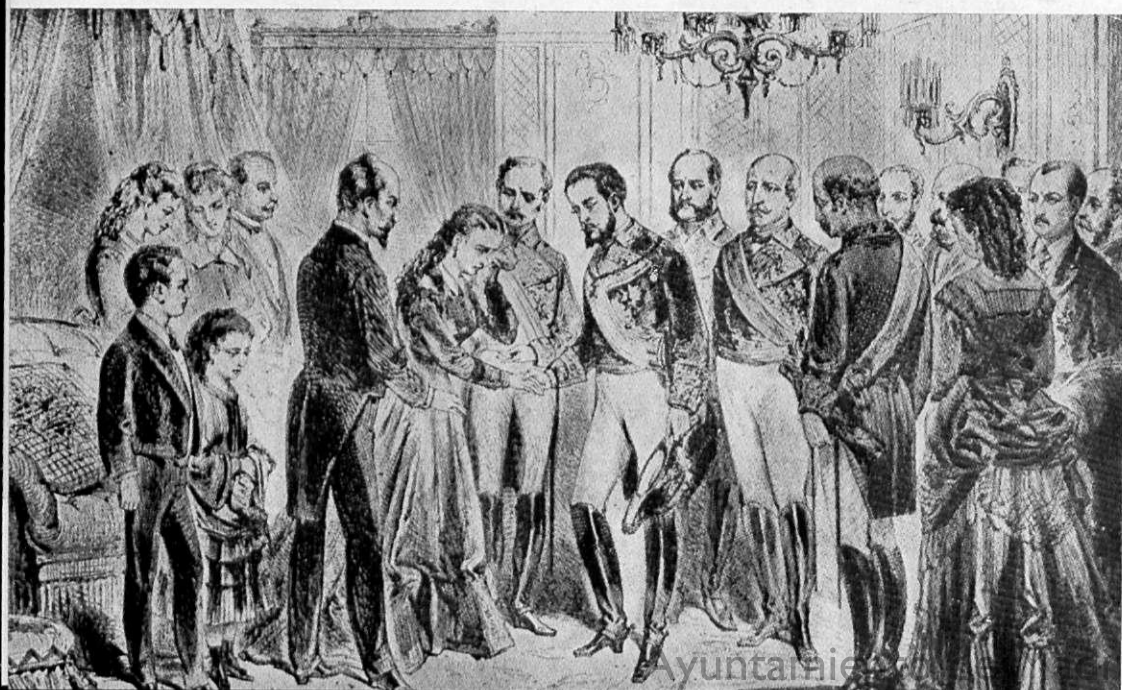
fidelidad, observación, esto es, objetividad ante el existir, con la sola corrección de lo irónico y lo sensible, en suma, del humor y la melancolía que son, acaso, el verdadero entramado de la vida.

Galdós fué el gran observador y auscultador de Madrid. Las criaturas que pueblan sus novelas —nunca entes de ficción— fueron entrevistas y modeladas en las paseatas de Don Benito por los itinerarios de un Madrid que todavía era un destartelado poblachón manchego; un Madrid donde aún había fuentes en la Puerta del Sol —la Cibeles miraba hacia el Prado y Neptuno hacia Recoletos—; un Madrid asomado en sus dos terceras partes a las Vistillas, la Cuesta de la Vega y el Campo del Moro. Todavía la calle de Toledo es centro comercial de la Villa; por los aledaños de las Cavas cruza a toda hora un tráfigo de arrieros y diligencias buscando el abrigo de posadas y mesones y la diaria lonja en la Cebada. Barrios enteros de la urbe no habían sido trazados aún; la ciudad, por el norte, no pasaba de los desmontes de Chamberí y, por el este, de los altos de la plaza de toros, junto a las tapias del Buen Retiro. A este Madrid —pensiones y pensionistas, cesantes y conspiradores, menestrales y memorialistas, vendedores provincianos, humanidad bullente en el chato hervidero de la corte— llega Galdós un día del invierno de 1863. Desde su ola canaria a este rompeolas de la meseta, centrifugador de las muchas o pocas energías nacionales.

Madrid, a mediados del XIX, es buen observatorio para el joven Galdós. Asomados al barandal de

la política, gesticulan sin cesar los figurones de la época: Olózaga, Sagasta, Ruiz Zorrilla, Salmerón, Castelar, Alberto Aguilera. González Bravo, Narváez, Espartero, Prim; en el trono se bambolea la alegre matrona doña Isabel II. En el Ateneo y en los cafés literarios —«el Europeo», «el de la Iberia»— peroran Zorrilla, Echegaray, Adelardo López Ayala, Narciso Serra, Bécquer. En el teatro, dramones de García Gutiérrez y de Tamayo y Baus... Toda una imagen y una época de España —tornadiza y caótica, aunque rica de gesto y de individualidades brillantes— va pasando ante la mirada escrutadora de un Galdós, primero aprendiz de leyes, después novelista, dramaturgo, historiador del alma de su pueblo. La monarquía isabelina, la primera República, el episodio de Don Amadeo, la Restauración borbónica, tejen el largo tapiz de alternativas a las que se acompasa el vivir anónimo de los personajes galdosianos en esa caudalosa novelística que se inicia con *La Fontana de Oro* y *La sombra* y continúa con *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Fortunata y Jacinta*, *Angel Guerra*, *La loca de la casa...*, sin olvidar el friso de los *Episodios Nacionales*.

Aún tiene vigencia el Madrid de Galdós. Todavía en el sosiego de algunos barrios, junto a los pequeños talleres, en las noches del verano, nos salen al encuentro personajes que fueron «inventados» por este riguroso investigador de la vida madrileña. Cerremos estas notas con unas líneas de Clarín sobre Galdós: «La Patria de este artista es Madrid;



En un grabado de la época, Alfonso XII, expresa su pesar a la viuda de Prim, por el asesinato del general.



En torno al quiosco de música, los elegantes de la época pasan la velada en los jardines del Buen Retiro.

lo es por adopción, por tendencia de su carácter estético y hasta me parece... por agradecimiento. Es el primer novelista verdad entre los modernos que ha sacado de la corte de España un venero de observación y de materia romancesca, en el sentido

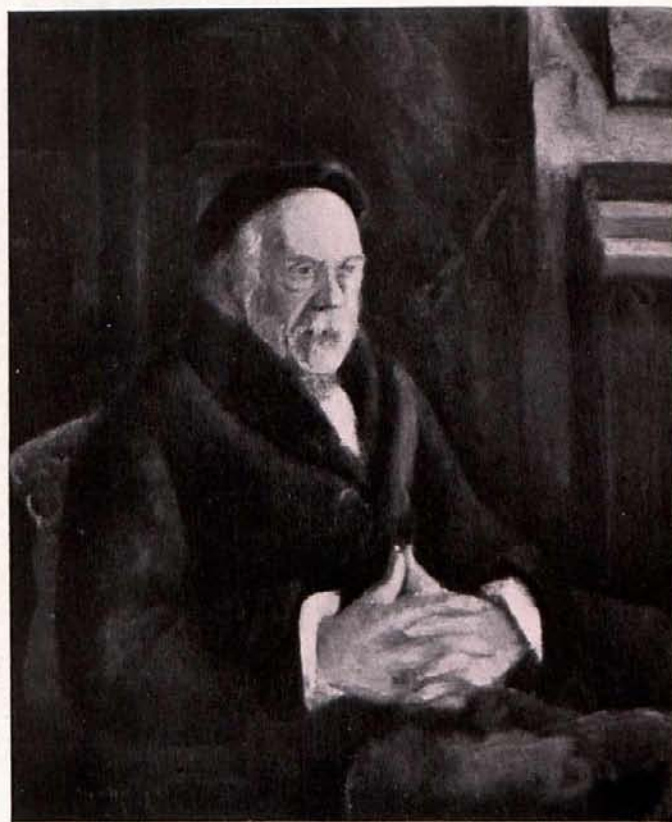
propiamente realista, como tantos otros lo han sacado de París, por ejemplo. Es el primero y hasta ahora el único. A Madrid debe Galdós sus mejores cuadros, y muchas de sus mejores escenas y aun muchos de sus mejores personajes.»





EL MADRID DE BAROJA

POR MANUEL POMBO ANGULO



MADRID tiene, en la literatura de Baroja, una luz de amanecida. No importa que describa mediodías o atardeceres; Baroja da siempre a su producción, en lo que a Madrid se refiere, este tono pálido, indeciso, lleno de promesas y exento de realidades, que es el amanecer. Amanecer en los campos yermos, en las cuevas donde duermen criaturas tristes, en la distancia infinita del suburbio, que se va, lejos, por el erial castellano.

Con esta luz, Baroja nos arranca de la capital para llevarnos a

sus alrededores. Sin duda, Baroja coloca a sus personajes, en algunas ocasiones, dentro del casco central de Madrid; pero los coloca de paso. Parece como si un tremendo destino andariego empujase a estos hombres y a estas mujeres, que se encierran en la colmena de una casa de vecindad, que viven en multitud, pero que son tremendamente personales e independientes. Algo les impulsa a andar, a alejarse del corazón poblado de la Villa, a perderse por los alrededores, donde las aguas del Manzanares se ensucian y los montones

de basuras sirven de absurdo pedestal a unas siluetas encorvadas. Toda la producción barojiana es una producción caminante, vagabunda. Cuando de Madrid se trata, sus personajes vagabundean también, aparecen y desaparecen, como fantasmas, y, a la luz de la amanecida madrileña, semejan más fantasmas todavía.

Por eso la prosa escueta de Baroja no consigue evitarnos una cierta sensación de barroquismo. Se trata, sin duda, de un barroquismo de espíritu y no formal. Todo hombre complicado es un

hombre barroco; un hombre que no encuentra la pureza desnuda de su alma, sino que la lleva siempre vestida con extraños oropeles, o con andrajos, ¿por qué no? Ni siquiera las criaturas más elementales y directas del mundo barroco son sencillas, como puede serlo una piedra, sino mudables, como puede serlo el agua. Nada más sencillo que el agua, y, sin embargo, cuando marcha río abajo, o se embalsa en los lagos, o se estrella en el mar, varía a cada instante, se nos presenta plural y complicada hasta el extremo. Algo hay en las novelas que se ha comparado, desde los tiempos de Balzac, sobre todo, con los ríos: la novela-río, el gran caudal de los

personajes, que se van con la corriente, por las páginas que van llenando la inspiración del escritor. Millonaria de personajes, la producción barroca semeja un mundo agitado, un hormiguero que corre aquí y allá, perdida la dirección y el mando. Si la miramos desde lejos, nos parece una unidad fluvial —la novela-río—; pero si nos adentramos en ella, si nos aproximamos a su médula, vemos que este río está formado por muy distintos arroyuelos. Quizá en la historia de la literatura no se dé un caso de mayor independencia que Baroja. Esta independencia se transmite a sus personajes, de tal modo que, en ocasiones, llega a hacerse sutilmente dolorosa. Cuando el

protagonista de «El árbol de la ciencia» va y viene por su destino, sin encontrar tierra donde poner definitivamente el pie, el patético dramatismo de su caminar nos coge el corazón, nos lo enfría.

Madrid acompaña a los particulares y complejos personajes barrocos, hasta tal punto, se identifica de tal manera con ellos, que, de todos los paisajes que dan fondo a estos vagabundos literarios, ninguno les es tan propio como el de Madrid. El norte de «Zalacaín» o la Holanda neblinada de «Los llenos de dolor» nos parecen una decoración artificiosa. Es curioso —haciendo un inciso— que no recordemos nunca el nombre de la novela a que hemos hecho referencia, y que, en cambio, recordemos el lema que orlaba el escudo de su portada, circunscrito por canjilones, vacíos los unos, y otros llenos a rebosar: «Los llenos de dolor y los vacíos de esperanza».

Madrid, pese a su cordialidad, ofrece infinitas posibilidades al hombre solitario. Esto no es peculiar de Madrid, sino algo común a todas las grandes capitales. En medio de una multitud, el hombre puede sentirse solo, con más remotas posibilidades de hallar compañía que si se encontrase en medio de un bosque. Pero Madrid ofrece una soledad con diálogo y cambio de ideas. Si se camina a la sombra bien alada del barrio de los Austrias, cualquiera de sus mesones ofrece la posibilidad de un diálogo de breves minutos en torno a un vino, que vino —y de el nombre —desde Arganda o desde Yepes. Entran y salen hombres serios, con la barba cerrada y un mirar de siesta. Ríen mujeres de



grandes carnes, y una placidez sentada y desbordante. Pasan muchachas, y su paso se pierde por las losas de los veinte años. Sobre una mesa, de madera lavada, dormita un viejo. Y un perro espera, con la mirada triste, que el rayo del sol le alcance, atravesando la ventana.

Todo ésto lo vivió Baroja, y supo retratarlo tan concisa y exactamente, que, para un tipo especial de seres, quedó estereotipado el calificativo de barojianos. Pero quizá no se haya pensado que, más que lo externo, el personaje de Baroja es como es por una razón espiritual. Estos seres indecisos, fatalistas, tristes y condenados, tenían que buscar una zona peculiar de Madrid; no el Madrid luminoso y tertuliano de la Puerta del Sol; ni el bullanguero y comercial de la Hortaleza; ni el sereno y aristocrático de Salamanca. No; estos seres se van a un Madrid lavado de amanecida, almenado de nubes, largo de campo, recoleto de escombros. Un Madrid donde se duerme bajo los puentes, y se cuentan las lejanas estrellas, amarillas y frías, como monedas imposibles de alcanzar.

Solamente Beruete se acercó un poco a esta soledad con tierra por delante que Baroja retrata y recoge. También Beruete era un pintor de invierno, un pintor sin siesta, ni fruto granado. Las aventuras de Baroja dan la sensación de que se producen todas ellas en el invierno. De que va a nevar para borrar las huellas del hombre que camina, y que éste, al final, se encuentra doblemente solo porque se encuentra perdido.

El viento mueve siempre las ho-



jas en la producción de Baroja; pero en su paisaje sólo mueve las ramas. Los árboles de Madrid se recortan, a lo lejos, desguarnecidos de adorno vegetal. Parecen grandes manos que dicen adiós a unos personajes que, por andar siempre, saben ya mucho de despedidas.

Otro elemento en Baroja es la distancia. Posiblemente, sus personajes caminan por una razón que se enlaza, también, con la fatali-

dad: porque no pueden llegar. Aquí puede radicar una de las raíces de esa inmarcesible juventud de la obra barojiana. La cima no es siempre plenitud; muchas veces es decadencia. Caminar montaña arriba puede dar una razón al paso. Pero, cuando se llega, cuando el reposo nos priva del fin, es difícil sentirse joven. En cambio, la inquietud es una manera de vencer al tiempo. Estos perso-



najes desbocados, sin pausa para la carrera, sin posada para la andadura, se encaminan hacia un horizonte al cual nunca han de llegar. El patetismo de la obra de Baroja depende, más que de su vestidura —vestidura que casi no cubre una carne que no existe, porque son personajes esencialmente descarnados—, de que sus espíritus no encuentran asilo. Un mundo de aventureros se desplaza a través de una geografía para la que no existen fronteras. Los mil países que Baroja pisa no ofrecen novedad para él. Porque tienen esta universalidad de la distancia, que se prolonga indefinidamente. Hasta cuando se paran, sus espíritus continúan caminando. Los pilares fundamentales de esta producción —la trilogía que encabeza «la busca»— están poblados

por una humanidad que gira y gira, en un movimiento desconcertante y trágico. La distancia es, en Baroja, una dimensión dramática.

Y es dramática, también, la distancia de Madrid. Madrid se despeña hacia sus afueras, y entonces se encuentra con un campo sin confines ni relieves. Poco a poco se ha ido poblando este contorno de Madrid, pero siempre queda su más allá, su «plus ultra» sin mar, ni barco, ni descubrimiento. Campos yermos, recocidos, como si el adobe quisiera ofrecer al hombre su humilde lección, la lección de la arcilla. Sus flores tienen el color de tierra, y su vegetación se niega a la luz de un sol abrasador que, paradójicamente, sólo produce grises y tierras. Van Gogh dió a los cardos una luminaria de fuegos artificiales; ni el más fuerte de nuestros coloristas podría dar a la humilde vegetación de los campos rasos otro tono que el que llena de arrepentimiento las Cuasresmas. La ceniza está en el fondo de esta tierra del contorno madrileño, como si se hubiese quemado el rastrojo, como si se tratara de darle una vida imposible, para que estallase en el multicolor de las flores. Sólo las amapolas rompen, aquí y allá, esta aplastada monotonía del contorno de Madrid. Pero las amapolas son, también, a su manera, flores trágicas. Vistas de lejos, dan la sensación de que por los campos de Madrid se hubiese arrastrado algún animal de sacrificio.

Entre la luz y la distancia de Madrid, Baroja puebla su mundo. Si nos detenemos a considerarlos,

veremos que Baroja hace decir muy poco a sus personajes; las frases de su conversación tienen más una plástica que argumento. Por eso, aunque los personajes principales permanezcan, el principal protagonista es el coro. Desde los griegos hasta nuestro tiempo, no se ha producido una incorporación más lograda del coro a la obra que la producción barojiana. Galdós —su principal antecedente— mueve también una masa numerosa y sobrepoblada, pero es más alegre, más de rebelión o fiesta. El Dos de Mayo de Baroja se produce en el interior de cada uno de sus personajes, pero pocas veces trasciende. Su independencia coespíritual, y, por tanto, solitaria. Fracasada, además. El individuo fracasa siempre en las rebeliones o en las aventuras colectivas, porque pierde sus características. Sólo puede salvarse en el arrepentimiento. Circunstancia infinita, presos en una lejanía que jamás se acerca, no tienen tiempo para escuchar:

Y Madrid está ahí; está siempre ahí. Pueblo alegre y decidor, oculta su drama, pero su drama existe. Quizá esta fué la razón íntima que movió al Rey Felipe a llevarle a la capitalidad. El sorprendió, sin duda, su espíritu. Baroja sólo captó su geografía. Pero de modo tan maravilloso, que es imposible salirse de Madrid sin encontrarse, por razón de su talento, de nuevo en él.

Sí, Madrid tiene, en la literatura de Baroja, una luz de amanecida. Que no es lo mismo que una luz de amanecer.



LOS CAFES LITERARIOS

POR TOMAS BORRAS

DESDE el Romanticismo no se puede hablar de la vida literaria de Madrid sin meterse en un café. Sustituían los cafés a salones, casinos, ateneos y clubs, multiplicados unos y otros por una aristocracia y gente adinerada que se sentía orgullosa de alternar con ingenios; y por los políticos y próceres de cualquier estamento, que deseaban ser protagonistas de la conspiración, la creación o el acto de sociedad, nacidos en los debates y conciliábulos de las entidades abiertas; cuanto los cerrados salones daban el espaldarazo al mérito, y su entrada, por un portaliras o plumífero, era como asentarse en la Academia; el café era, juntos, el salón, el club, el casino, la peña y el ateneo de los independientes, los pobres (casi todos, o sin casi), y

a cualquier hora, sin regla, norma ni cohibición.

Por lo que Galdós tiene que llevar el hilo de muchas novelas de la segunda parte de sus *Episodios* a uno y otro café. Discursos, sedices, planes, entretenimiento, cita, tertulia, lo mesocrático y lo progresista, reviven en los cafés galdosianos su fuego y su animada convivencia. Esto heredó la generación sucesiva: el vicio de trasladar su domicilio al café; y esto ha pervivido hasta que el ritmo de la vida madrileña cambia y del «andante maestoso» del XIX y primer tercio del XX pasa al «allegro vivace» y «presto» que simboliza la cafetería.

Los cafés de la anteguerra eran muchos y de vario carácter en los respectivos Madriles. Los había de

toreros, de cómicos, de literatos, de pintores y sus compadres plásticos, de periodistas, de estudiantes... de las mil divisiones y subdivisiones de la Minerva pródiga. Sin contar, claro es, con los de otras clases sin relación específica con la imprenta o la exposición. Sembrado Madrid de cafés, tradicionales, renovados, ilustres o novatos, en cada barrio las gentes se reunían en ellos, en especial en la festividad; a diario los que no concebían la vida sin sus cinco o seis horas de café, tarde y noche. De los cafés salía la «oposición» al Gobierno como al Régimen, en los cafés se escribía, en los cafés se preparaban contragolpes, se redactaban las cartas comprometedoras, se encontraban los agentes de los partidos (utilizadores del animal de pluma para sus trapi-



cheos públicos, son sin más remuneración que la esperanza); en el café se cambiaba la moneda menuda de la cháchara, que nunca entre personas de inteligencia afilada por el uso y por la necesidad de ser lince, era cháchara inocente. Recordemos que un aficionado a estadista, nacido, criado y cultivador incesante del café, Manuel Azaña, sufría, al encaramarse al Poder, la preocupación constante de las tertulias, conocedor del aura corrosiva que de ellos emanaba. Otro presidente, éste más árdido y tolerante, don Miguel Primo de Rivera, asimismo escuchaba los ecos del café, y a veces se tomaba enfados, en él poco duraderos, con las murmuraciones y bulos que el café abortaba. Ninguno de los firmantes de la «Gaceta» ha estado

libre del temor a la nube crítica amenazadora, suspensa sobre el Madrid de cien cafés-cocinas de la bilis.

Dejemos aquellos cafés de Cajal (el «Suizo»), de Azorín y Palomero (el «Inglés»), de Manolo Bueno («La Montaña»), de Baroja (el «Nuevo Levante») y vengamos a los de 1925 en adelante. La lista es extensa; los cafeteriles, innúmeros: todo el censo de las musas.

Cuatro geniales escritores son parte del café; no se conciben sus días ni se les puede describir sin considerarlos arrellenados en los divanes. Se llaman Jacinto Benavente, Ramón Gómez de la Serna, Enrique Jardiel Poncela y Emilio Carrère.

Benavente pasa de uno a otro café, según su capricho; siempre

Benavente tornátil, felino, inquieto, aficionado al descubrimiento y el cambio. «El Gato Negro», puerta contigua a la Comedia, es una de sus pocas fidelidades. Tertulia por la tarde, después de la parca colación, o al atardecer. Allí, don Jacinto, su corte de aprendices o adoradores, que Benavente despertaba fanatismo. Si alguien hubiera tenido la paciencia de copiar lo que en aquel bienhumorado aquelarre se dijo, tendríamos la mejor «floresta» de todos los siglos matritenses. Hay quien todavía se quema con muchas chispas de la fragua de aquel Vulcano. Chispas que, naturalmente, no hay modo de transcribir sin arañar epidermis de tejido urticado. «El Gato Negro» no era la única tertulia de don Jacinto; después de la función pre-



La tertulia de Pombo presidida por Ramón Gómez de la Serna, inmortalizada por los pinceles de Solana.

sidía otros cónclaves: primero en el «Lisboa», luego en el «Levante». En sus últimos años iba al «Ivori» o «Marfil» con Díaz Crespo y Enrique Osete, un poco abandonado de su escolta original, extinguida por la muerte o víctima de ocupaciones serias. Fué Benavente amigo de cambiar noticias y comentarios en esa Bolsa con papel de categorías al alza y la baja que es el café. Soportador, también, en el café, de los pelmazos y demás adherencias, sin olvidar al sablista y al lector de comediones inéditos, pues con su presencia asidua en el café salvaba la paz de su casa, donde no entraron sino contados íntimos. El café

tiene ese mérito, uno más: el de preservador de la inviolabilidad del domicilio.

De Ramón y su «Pombo», ya legendario, no ha de hacerse sino alusión. Ramón ha descrito con su superabundancia de talento, que le sobra, en dos tomos deliciosos, la agitada tertulia, hervidero de ismos, recluta de monstruos, escándalo y rebatiña de ideas estallantes entre humo de pipa y luz de gas, albergue de extranjeros afines, junta de libres e indómitos, generadora de escuelas, tamizadora de méritos, redacción abierta de revistas de un solo número, sutil que cortaba con la respiración un pelo en el aire, generosa como joven de

alma. Vayan a los libros de Ramón quienes aspiren a conocer el grupo humano más extraordinario, después de «El Parnasillo», que Madrid formó de su propia índole; el que entró en la Historia de la Literatura a ruido de tambor revulsionador.

Jardiel Poncela estaba en el café y era del café. Escribía en él, con sus chismes de mesa de despacho, su perro y su falta de ganas de trabajar. Se tomaba sucesivos cafés con leche hasta el agotamiento del almacén. Pasaba de un café a otro, de «Recoletos» a «Castilla», del «Prado» a «Fénix». Jardiel era el cafetista químicamente puro, por amor exclusivo al local, por que-

darse en el café. No tenía tertulia, divagaba en él a solas con su perro, gozaba del café por ser café, no por reunión ni parla. Acabó en que los camareros, asombrados de su delirio cafetillero, le nombraron su compañero honorario. En el «Fénix» fué la solemne entrega de la chaquetilla blanca y la bandeja. No sé si llegó, en su fervor, a servir alguna mesa. Lo que sí he visto en su casa es el proyecto de habitación a lo café, con mesas de mármol y peluche de divanes comprados en el Rastro, lámparas originarias del café y mostrador. No llegó a cumplir su deseo, pero el mostrador, larga mesa serpenteante por la estancia, sí la tenía en sus últimas horas. Un café portátil hubiera sido la felicidad del malogrado humorista.

En fin, el cuarto habitante del café a toda hora, del amanecer (la una de la tarde), hasta la madrugada (las nueve de la mañana), ha sido Emilio Carrère. En el desaparecido «Varela» (después nido que empolló poetas de «Versos a medianoche», como los demás cafés empollaban otros clanes poéticos; pero eso empezó con la victoria de la Cruzada); en aquel último refugio de la lírica bohemia que ha descrito Adelaida Las Santas en su novela «Poetas de café», a Carrère se dedicó una lápida en el lugar donde compuso sus versos. Porque los que no surgieron allí, muy pocos tuvieron por patria aromosa el «Café de San Bernardo». También frecuentaba en sus tristes tiempos de ocaso la lechería-café «de las Navas», en la calle de las Infantas. Sin perjuicio de merodear de café en café o de meterse, como quien se mete en su atmósfera vital, irrespirable lá de la calle, en cuantos cafés le salían al paso.

Estos son los Grandes del Café, los que crearon la idea de que el café era para vivir y el hogar sólo útil para derribarse sobre una cama y, al despertar, salir corriendo a estar a gusto en el café. Los de-

más escritores, unos más asiduos, otros menos, en el café hacían por lo menos una estación de su anduleo por los andurriales de redacción, casa editorial, teatro o busca de la escurridiza peseta. Muñoz Seca, hombre de su casa si los había, en «Molinero» era epicentro de un terremoto de gracias y risas. En el «Universal», Cansinos Assens hilvanaba los códigos secretos de las tendencias inéditas, los ultraísmos y viaductorismos de sus álgebras poéticas. En el mismo «Levante» que Benavente, pero en el sótano, creó Giménez Caballero un ágora cerrada para cantar el hispanoamericanismo. España y sus parientes cara a cara, por amor y erguidas en un idioma. Eugenio d'Ors, Cossío, el taurino Díaz Cañabate, entre otros, tomaban su infusión en el «Lyon» d'Or» de tres a cinco. Cañabate escribió un libro sobre la tertulia. En el «Mercantil», Mourlane Michelena, Ledesma Miranda e Ignacio Catalán se escuchaban mutuamente y se acompañaban de madrugada unos a otros hasta ver salir el sol y los diarios. «El Cocodrilo» era albergue de Félix Lorenzo, con Bagaría, Robledano y otros de El Sol». Al «Café del Prado» concurría, además de Jardiel, otro solitario de café, Francisco de Cossío. El

cual se acercaba, y se acerca, asimismo, a «Chicote», donde hay dos tertulias literarias desde los comienzos del renombradísimo bar: la de Luis Antonio de Vega, con José Sanz y Díaz y algunos escritores más, y la de los autores teatrales. Cuando Lara compuso su célebre chotis «Madrid, Madrid, Madrid», en la letra aseguró que en «Chicote» se encuentra a diario «la crema de la intelectualidad». Tanto inédito tienen esas tertulias, triunfantes hasta del Atlántico.

Una tertulia a lo Galdós de las conspiraciones isabelinas fué la de la «Granja del Henar», con los después prebostes de la República fraguando en ella sus tejemanejes. La que Azaña frecuentaba a diario, y, recordándola, temía a las supervivientes, en su insospechada época de mandamás. Unamuno alguna vez, durante sus visitas a la Corte, aparecía por «La Granja» monologuando para unos y otros, profesor impávido ante discípulos.

El «Café K u t z», hoy «El Abra», por el contrario, procuraba albergue a falangistas, militares de la «U. M. E.» y demás violentos antimarxistas y antiseparatistas. Algunos cayeron frente al piquete de ejecución, detenidos en la mis-





ma tertulia. El «Café de las Salesas», donde presidían el sainetero Torres del Alamo y el poeta Luis Ardila, cronistas de sucesos, daba techo a una tertulia de entre bohemios, periodistas y musarañeros. En «Café de Platerías» se albergaba la cultura superior: Federico Carlos Sainz de Robles, Luis Astrana Marín, González Palencia y oyentes, pues era sesión académica más que tertulia la de los ilustres investigadores, críticos y creadores. Astrana Marín también iba al «Café de Recoletos», acompañado de Luis de Armiñán y de Natalio Rivas, otros dos calificados eruditos. Como Jardiel, frecuentó un tiempo la lechería-café «de las Navas», sitio de la tertulia de fin de noche de Loreto y Enrique, los

cuales anclaron allí después de una temporada en el «Lisboa», acompañados por sus autores y el asiduo Eduardo Palacio Valdés. (Su tío era don Armando, cafeterista a solas, y, al atardecer, en «El Sotanillo».) Y luego, el mismo Jardiel se pasó al «Recoletos», sin olvidar el «Castilla». Pues Jardiel era devorador no de café, sino de Cafés, era cafetático, como lunático.

Ese «Café de Castilla» merece lugar de honor. Por espacio de un cuarto de siglo ha sido acaparado por dramaturgos y comediantes, músicos y comentaristas de estrenos y de la pintoresca vida de la Talía. Madrid ha sido desde su inicio como capital, meridiano del Teatro del Habla. «Castilla», la caracola donde resonaban los suce-

sos, en su decorado estaban las caricaturas, debidas a Sirio, de cuantos se asomaron ante la glorificadora luz de la batería. No se cerraba nunca. Como «El Gato Negro», mereció el libro parejo del «Pombo». Distracción de los gacetilleros ha sido no llenar esas páginas, para quien conoce su posible contenido, maravillosas.

«La Elipa», segundo «Castilla»: autores, cómicos y cómplices, toda la tarde en el túnel; en la parte de afuera, Ramón y Cajal, los pocos meses que le concedió la arteriosclerosis. De «La Ballena Alegre», en el sótano de «Lyon», también se ha escrito. Causa de la predilección de los comentaristas, que José Antonio reunía allí a sus intelectuales: Mi-

quelarena, Montes, Sánchez Mazas, entre ellos; como en las «Cenas de Carlomagno» del «Hotel de París», los completaba con don Pedro (siempre «don Pedro» era Morlane Michelena), y alguno más que no se asustaba de la compañía del entonces «peligroso», pues las Juventudes Socialistas Unificadas tenían a mano constantemente el atentado contra nuestro príncipe.

A «Bakanik» iba, asimismo José Antonio a la hora del aperitivo. La tertulia de «Bakanik» se adornaba con la presencia de las muchachas jóvenes afiliadas a la Falange, algunas de ellas de gran inteligencia, escritoras (Marichu de la Mora, Luisa María Aramburu, Dora Maqueda). Era junta jovial, sin perjuicio de la solemnidad de seguir procurando dar la vida por España.

En «Fuima», conferencia de anticomunistas abiertos y a toda luz: Mauricio Carlavilla, Comín Colomer, Gómez Tello. En «Roma», junto al tontódromo de Serrano, redactores de «Prensa Española», cronistas de sociedad, escritores monárquicos, muchachos tan de Universidad como de deporte. La generación de la guerra a la última de las novedades intelectuales del mundo, con poco nombre todavía, esperanzas en primicia de fruto. En «Recoletos» y su gemelo «Gijón», las nebulosas de poetas que luego forman constelaciones, con Pedro de Lorenzo y García Nieto al frente, las cuales, cerrado el «Recoletos», se refugian en el «Gijón» y allí permanecen, unidas a ellos los teatristas.

Quedan por citar dos cafés de los más célebres. El «Colonial» y «Fornos». El «Colonial» es el de última hora, la cena barata a partir de la una de la madrugada (dos cincuenta el cubierto de tres platos, pan, vino y postre, la llamada «media ración»); el sablazo de dos pesetas para dormir en la «Posada del Peine» a la desesperada; la vida galante de colorete desteñido y sortija de similior. Periodistas que hacen versos, adolescentes provincianos seducidos por la vida funámbula que pinta el amargo Carrère; Répide, Hoyos y Vinent, los letristas y musicantes de los cuplés, las bailarinas teloneras y sus madres postizas, los elegantes que se codean con la plebe musajeta para darse pisto en las conversaciones con los que sólo ven de lejos el resplandor de la popularidad... Un mundo turbio, al que presta los cinco duros que necesita el camarero, tronera, que en su mayor parte no se sabe de qué vive (uno de los milagros de Madrid), que se peleaba en desafíos con padrinos y juez de campo, y del cual, año a año, salían auténticas personalidades a formar en las portadas y entrevistas de la fama. Ninguno

que haya sido alguien dejó de bullir en el estruendoso «Colonial», crisol a lumbre fáustica toda la noche.

Cuando «Fornos» alterna con los que nombré, ya no es «Fornos», es «Riesgo». Los dueños dan su apellido a los establecimientos que crían. «Fornos» queda como otra de las leyendas de Madrid sin libro, que lo merecía, aunque con el retumbador artículo de Burell, «Cristo en Fornos», que llevó a Burell a ser ministro. «Fornos», página de la vida madrileña del 900, que no puede resistir la presión del cambio de tiempo y del cambio de los tiempos. «Riesgo» le sustituye. Conserva las cenas, las tertulias, pero ya ha nacido el Madrid cosmopolita, hijo del año 1918, engrandecido en extensión, primer salto hacia este Madrid de los 600 kilómetros cuadrados. Los escritores, las suripantas —que se han cosmopolitizado, aunque ellas no lo sepan decir—, los artistas de chalina y chambergo como aquel Rusiñol, los novelistas, críticos..., se alojan en otras ramas del árbol del café. «Fornos», digo «Riesgo», deviene a lonja de contratación de tratantes y toreros. En él le dan a un paleta el timo de venderle un tranvía. No tiene ambiente para la estética «Señorita Casualidad».

En seguida la Cruzada. Y en seguida la muerte de casi todos los cafés a manos de los Bancos. Y su sustitución por la cafetería. Que es otro tema. Que es la corona de flores abstractas sobre la tumba del café: el que hermanaba, el protector del incipiente, el que no cesó en sus fecundidades...



MADRID, EN SUS TE



Tras la ventana del café literario se abre la primavera de Madrid.

ALGO que ha caracterizado siempre a Madrid son sus tertulias. La mayoría de ellas tienen carácter artístico o literario, si bien las hay integradas por titulares de profesiones menos identificadas con Apolo y su novenario de musas, que también registran su positivo interés, por lo menos para quienes las integran. Muy lejanos, por fortuna, aquellos tiempos cuando pudo decirse que España se gobernaba desde una tertulia cafeteril, no cabe negar a tales reuniones su gracia y su divertimento.

Los tiempos actuales, más bien apresurados y sin margen al reposo y la charla de café, capaz de convertirse en tema y medula de libro para un hombre de ciencia como don Santiago Ramón y Cajal, no acabaron de desterrar la tertulia. La de tipo literario y artístico es la que aquí interesa. Podemos decir que la última tertulia madrileña, al modo como se entendían en nuestros primeros años de postguerra civil y se configuraban antes de la Cruzada, concluyó el día cuando don Eugenio D'Ors dejó de bajar a su nocher-

niega reunión del café Lyon d'Ors, junto al teatro Alcázar. Al lado de una estatuilla de Sebastián Miranda, representando al poeta José del Río Sainz, se reunían José María de Cossío, Cristóbal Becerra, José Suárez Carreño, el Albaicín, Emilio García Gómez, y, algunas noches, Edgard Neville y Conchita Montes. Recuerdo que cierta noche apareció por allí el fallecido editor José Janés. Confió a los presentes su propósito de publicar un libro con mil anécdotas. Dirigiéndose a D'Ors, comunicó:

—De usted, don Eugenio, habrá bastantes.

—Supongo que cobraré algo—fué la respuesta del maestro.

Después de aquella variada concitación de personas, con rito y aire de cenáculo, en torno a la figura intelectual prestigiosa, Madrid siguió teniendo tertulias. Incluso surgieron muchas de nuevo cuño, a las que, empero, les faltaba el personaje central aglutinador. Fueron tertulias más anárquicas y variopinantes, o bien más frías. Se convirtieron en una especie de lugar donde a diario se veían las caras varios escritores sin reconocer entre sí nexo alguno estético ni, a veces, siquiera generacional.

Uno de los más importantes intentos después de concluída la Cruzada lo significó la reanudación de la tertulia de Pombo. La idea se le ocurrió a un joven pombiano, muchacho imberbe cuando Ramón pontificaba en la botillería de la calle de Carretas y ex combatiente ahora de la lucha de Liberación. José Sanz y Díaz consiguió darle nueva tónica a Pombo. Junto a él se sentaron viejos y nuevos contertulios. Todo lo presidía el gran cuadro de Solana, y los conspícuos de hoy quedaban inmortalizados en los ladrillos cerámicos sobre los que el caricaturista Luis Lassa había dejado las fisonomías del nuevo Parnaso. Seguía llevándose el «libro de actas», donde firmaban los concurrentes a cada sabatina y se mantenía correspondencia frecuente con Ramón Gómez de la Serna. No faltaban los monstruos ni las figuras pintorescas. Una noche, el poeta Falcato leyó un poema geológico interminable. Octavio de Medeiros, un vate portugués

RTULIAS LITERARIAS

POR JULIO TRENAS

muy extravagante que desapareció sin que de él se supiera más, se obstinaba en declamar fragmentos de una obra suya titulada «El portal de las Indias». Y también frecuentaba la reunión un caballero que no quería decir su nombre y al que se identificaba como «El poeta desconocido».

Cuando por 1950 Ramón Gómez de la Serna volvió a España, quiso reunirse en Pombo con sus viejos tertulianos. Aquella noche, como en una reconstrucción

histórica, acudieron personajes a los que hacía muchos años no se veía por el café de la calle de Carretas. Los «pombianos» de última hornada estaban como gallina en corral ajeno. Y la verdad fué que la reunión donde aparecían los Paco Vighi, los Edgard Neville y otros «pombianos» de ayer, no resultó nada interesante.

Perdido Pombo, porque así lo piden los tiempos, vale anotar el salvamento del cuadro de Solana, do-

Humo y comentarios, en la larga noche el café.





Tertulia en el mostrador.

nado por su propietario, Ramón, al Museo de Arte Moderno.

En realidad, el café literario de la postguerra, por excelencia, es el café Gijón. Comenzó el predicamento de este café con la reunión de los miembros de la llamada «Juventud Creadora», hoy tan remota, incluso para sus mismos fundadores. Pioneros del grupo, con Pedro de Lorenzo, a quien se debe la idea base del mismo, fueron José García Nieto, Jesús Revuelta y Jesús Juan Garcés. Allí surgió la revista «Garcilaso», que fué un empeño poético formal y aglutinante, del que no se libraron muchos poetas de los que hoy son en nuestro panorama lírico. La exigencia garcilasiana era, en cierto modo, el cartesiano «nadie pase que no sepa geometría». Si bien algunos de sus postuladores, más o menos a tiempo, supieron salirse por la tangente.

El Gijón no ha perdido su capacidad aglutinadora de escritores, poetas y artistas. Más que la tertulia en sí, el establecimiento, que sufrió una reforma, con banquete melancólico y todo antes del necesario cierre para realizarla, postula un cierto carácter de lugar de encuentro para artistas y literatos, siendo un poco la casa de reunión oficial de todos ellos. Acabado «Garcilaso», terminó asimismo el empeño que lo informaban. Así, hoy, el Gijón es muestrario de varias y muy distintas tertulias.

Hay un Gijón matinal que es algo así como el café del trabajo. Allí, durante mucho tiempo, trabajó César González Ruano, si bien hace algunos años lo abandonó para trasladarse al Comercial, en la glorieta de Bilbao.

Siguen en este segundo café algunas reuniones esporádicas. Ya quedó muy lejos aquel Comercial de antes de la reforma, donde con la presencia de don

Pedro Mourlane Michelena se reunían muchas tardes Salvador Lisarrague, Adolfo Lizón, Francisco Mota, Eugenio Montes, Antonio de Zubiaurre, Inocencio Palazón, Eugenio Mediano, María Dolores Boixadós (actualmente directora de una fábrica de productos químicos en Caracas) y alguna otra escritora.

Este mismo café Comercial, que guardó su buen poso literario y donde se ofrecieron uno de los primeros «café y copa» al poeta Pérez Valiente por su «Libro de Elche» —oportunidad cuando Enrique Azcoaga, al intervenir, pidió un aplauso para la honestidad literaria de don Rafael Cansinos—, continúa aglutinando esporádicas tertulias.

Allí van, por las noches, Eusebio García Luengo, Angel Mingote, Alvaro Linares Rivas, Rafael Azcona, Juan Fernández Figueroa, Evaristo Acevedo, Fernando Guillermo de Castro, Carlos Clarimón y algunos más.

En el Gijón matinal cabe anotar una breve tertulia que facilita el diálogo de dos personalidades ilustres: el crítico y académico Melchor Fernández Almagro y el académico y autor teatral Joaquín Calvo Sotelo. A primera tarde se unía a las habituales tertulias literarias la del doctor don Julián de la Villa. Este ilustre médico fué fiel al café hasta pocos días antes de su muerte.

A la misma hora del café, en el del paseo de Recoletos, puede registrarse, a la entrada y a mano izquierda, una importante reunión de plásticos. Eduardo Llorent Marañón es frecuente puntal del grupo, donde puede verse a la mayoría de los artistas jóvenes actuales. Desde Pedro Bueno, hasta Capuleto y Guijarro, pasando por Pancho Cossío, Alvaro Delgado, los escultores Ferreira, Sanz y Ferrant, el crítico Antonio Manuel Campoy, los plásticos César Manrique, Víctor González Gil, Antonio Penella, Palacios, Esplandiú, etcétera, llegando hasta el mismo Eduardo Vicente, que, si no es frecuentador asiduo de la tertulia, cae por ella muchas veces.

Prosiguiendo en la zona de los artistas plásticos, merece singular recuerdo la llamada «Tertulia de la Gata Blanca». Se celebraba en la parte alta del café de este nombre —hoy desaparecido—, existente en la calle de Postas. Surgió, en cierto modo, como escisión de Pombo, al que habían tomado casi por asalto los «recitaplochos» y las «destrozadas de la poesía». Poetas de latiguillo y sonsonete o simples destrozadores del verso ajeno que ya no dejaban margen a la conversación, y en ocasiones se traían, incluso, su «claque» aplaudidora. Sálvense de este encasillamiento generalizador los auténticos poetas que alguna noche leyeron propios versos, y entre los que figuró, por ejemplo, el autor de «El mijaón de los castúos»: el desaparecido Luis Chamizo.

En «La Gata Blanca» se hablaba mucho de arte,



Ayuntamiento de Madrid

y a la mayor temperatura coincidía con la celebración de las Exposiciones Nacionales y los Salones de Otoño. Cierta año, los de la «Gata» organizaron un banquete homenaje a tres contertulios, a los que se les había rechazado su obra en la Nacional. Aquella cena fué sugeridora y dejó puntualísima constancia de ella en una crónica de «La Estafeta Literaria» correspondiente a la primera época de la revista: la de Juan Aparicio.

Eran frecuentes contertulios los escultores Ferreira —autor del monumento a Calvo Sotelo—; Benjamín Mustieles y Carmelo Pastor —ambos acababan de ganar su pensionado a Roma—; Antonio Penella, Víctor González Gil, y en ocasiones de Nacional acudió alguno más veterano que venía de provincias. Recuerdo por allí a Marcos Díaz Pintado, Agustín Ballester Besalduch, y de los maestros que en Madrid estaban, a Ignacio Pinazo.

Volviendo al Gijón —y reitero mi evocación tertulianil no tiene pretensión de sistema u orden alguno—, vale citar entre los tertulianos de personalidad a Modesto Higuera, Fernando Baeza, Ignacio Aldecoa, Vicente Carredano, Ana María Matute, Ramón Eugenio de Goicoechea, Matías Prats, Buero Vallejo, Jaime de Armiñán, etc. Todos ellos, junto a otros tantos nombres de teatro y cine, como Guillermo Marín, Mercedes Albert, Manuel Dicenta, Adriano Domínguez, José Nieto, Antonio del Amo, Luis Lucas, etc.,

completan el variadísimo panorama intelectual del Gijón.

No puede olvidarse la peña o las peñas de Chicote. La verdadera reunión literaria es la de la hora del café. No se sostiene hasta más allá de las cinco de la tarde, y continúa siendo su centro concitador don Paco Serrano Anguita; inseparable de la reunión era Víctor Ruiz Albéniz, «el Tebib Arrumi». Muerto éste, la tertulia perdió su habitual estampa en las conversaciones de primera tarde. Habitual, mejor, inseparable de la reunión es, cuando no se encuentra en Valladolid, cuyo Museo de Escultura dirige, el escritor Francisco de Cossío. Allí toman café, asimismo, Manuel Díez Crespo, Luis Sicilia y algún otro escritor. En el mismo bar, a la hora del aperitivo, son frecuentes tertulios del fondo del local, Antonio de Obregón, Félix Ros, Noel Clarasó, Francisco Barbero, Miguel Mihura y otros nombres conocidos en la profesionalidad teatral o cinematográfica.

Quedan nombres de cafés y tertulias por inventariar. Unos, todavía en vigencia. Otros que concluyeron con el establecimiento, liquidados la mayoría de éstos por un Madrid de más industrializada prisa. Daré los nombres de La Rana Verde, Las Cancelas, María Cristina, Negresco, La Elipa, El Gato Negro, Marfil, Correos o La Granja del Henar. En los que perviven se mantuvieron, y aún duran, grupos de muy varia suerte. Eludo hablar aquí de las sesiones poéticas de



Grupo de tertulianos en el café de escritores.

cafés, como «Versos a medianoche», «Adelfos», «Tartessos» o «Versos con faldas», porque más que tertulias eran recitales organizados y pasaron por la institución inderrrible del café sin posibilidad inmediata de repetición, si bien dieron origen a algún que otro excelente poeta entre los muchos que acudían al barullo con sus lamentables versos.

No quiero dejar de citar entre las tertulias activas, aunque tuviera eclipses coincidentes con las ausencias de su dinámico promotor, el «Levante», de Ernesto Giménez Caballero. Allí, en el café de la Puerta del Sol, alzó su bandera genial y literaria, teñida de buen hispanoamericanismo, el autor de «Genio de España».

En la que llamó «Cripta de Don Quijote» transcurrieron homenajes a figuras españolas e hispanoamericanas, a las que se sumaron representantes diplomáticos de aquellos países.

Hoy Madrid, penetrado por la rápida y agradable cafetería americana, ha perdido mucho en cuanto hace a sus antiguas tertulias de café. Alguna queda por ahí suelta, y el Gijón y el Comercial son tal vez los dos únicos bastiones que mantienen vivo el fuego sagrado. Por lo general, el escritor las ha abandonado para retirarse, si no a su torre de marfil, sí al insoslayable reducto de trabajo, más en consonancia con las exigencias de los tiempos que el antiguo y marmóreo velador.



LO QUE MADRID HA HECHO POR LA NOVELA ESPAÑOLA ACTUAL

POR RAFAEL VAZQUEZ-ZAMORA



1



5



6



7



8



9

10



2



3



4

EN veinte años se han escrito en Madrid muchos centenares de novelas y narraciones breves. El período 1940-1960 ha sido asombrosamente fructífero en el ámbito madrileño en cuanto al arte novelístico. Mucho de lo aquí producido se ha publicado en Barcelona, ciertamente, pero, aparte las muy valiosas excepciones de lo escrito en la propia Barcelona y en provincias por autores que en esas ciudades residen habitualmente, no puede negarse que Madrid ha sido el gran taller de nuestra novelística nueva. Repetidas veces me he lamentado de que los críticos e

informadores literarios no prestemos la suficiente atención a lo que escriben, en tranquilas ciudades y pueblos de nuestra geografía, autores tan dignos de interés como los que entre nosotros acuden a los cafés literarios, pero es un hecho social inevitable el de nuestra centralización literaria, y si en los Estados Unidos, por ejemplo, existe una diseminación de los mejores autores por todo el espacio nacional, y un aislamiento entre ellos (casi ninguno conoce personalmente a los otros, entre los más notables) no hay tampoco que perder de vista que la inmensidad terri-

torial contribuye mucho a esta dispersión. En España, los escritores se codean, se vigilan, se agrupan y desagrupan, aprenden unos de otros por lo que imitan o por lo que rechazan de los demás (mucho más por esto último) y esta actividad social y académica, llena de admiraciones y reprobaciones, de amis-

ta, con gran diferencia, más novelas de autores en lengua castellana, vive muy pendiente —en lo que a la novela respecta— de la reacción en Madrid y de lo que aquí se produce y espera.

En los cuatro años que siguieron al final de nuestra guerra, empezaron a formarse las tertulias

Mallorca, tenía especial resonancia, gracias al semanario *El Español*, la *Miss Giacomini*, de Miguel Villalonga. Pero el gran estampido, el «impacto» indiscutible fué *La familia de Pascual Duarte* (1942), de Camilo José Cela, el joven novelista que llegó como un huracán y que había de ejercer una inmen-



11

12

13

14

15

16

tades y enemistades, acaba siendo muy favorable para la gente de letras. Por lo pronto, porque es un gran estímulo y porque la vida literaria española, cuyos frutos económicos y de difusión popular han crecido extraordinariamente en estos veinte años, no es, sin embargo, lo bastante espléndida como para que el autor español pueda permitirse el lujo de vivir aislado en la cumbre de su triunfo remunerador e inagotable. Pues bien, Madrid es el centro palpitante de toda esta bullidora actividad. Aquí todos somos madrileños: críticos, novelistas, poetas, ensayistas y dramaturgos procedentes de España entera y afincados en Madrid. Incluso Barcelona, la ciudad que edi-

literarias en que, si bien predominaban los poetas —y esto no me corresponde tocarlo aquí— había un creciente interés por el arte narrativo. Recuerdo cuánto se hablaba entonces de nuevos narradores que para nosotros —los que habíamos permanecido en Madrid— eran desconocidos como tales novelistas: Jiménez Arnáu con *La línea Siegfried*; Félix Ros, con *Preventorio D*; J. M. Alfaro, con su *Leoncio Pancorbo*; los relatos de Samuel Ros (*Los vivos y los muertos*); *Nasa*, de Pedro Álvarez; Sánchez Silva, *La otra música*; *La fiel infantería* —que tanto revuelo formó—, de Rafael García Serrano; Torrente Balles-ter, con *Javier Moriño*; y, desde

sa influencia en la nueva novelística.

La primera época de *El Español* facilitó en gran medida la aparición de nuevos narradores al publicar esta revista en folletón sus novelas, frecuentes ensayos sobre arte novelístico, cuentos, entrevistas, etc.

Pero, a la vez, los novelistas que ya se habían revelado antes de nuestra guerra reanudaron su producción y se inyectaron, por decirlo así, en el joven mundillo literario madrileño, con lo cual todos salieron ganando puesto que era el momento de restablecer de algún modo el pasillo de comunicación con la línea novelística española interrumpida. Así, el gi-

gantesco Baroja, empezaba a «sonar» de nuevo entre nosotros y, como siempre, a ser apasionadamente discutido hasta que, instalado otra vez en su reducto madrileño, fué para todos los nuevos el testigo formidable, y felizmente activo, de una época para muchos fabulosa. La casa de don

literaria madrileña, seguían publicando novelas y cuentos. Ramón Ledesma Miranda, que editó una nueva versión de su *Almudena*, realizó una importante labor crítica en sus ensayos y artículos, y Juan Antonio de Zunzunegui reanudó con gran éxito su actividad novelística, que no había de in-

año. He aquí algunos nombres, todos ellos madrileños (y cuando digo madrileños quiero siempre decir personas que, aparte del lugar de su nacimiento, consideran a Madrid como su centro vital, cuya vida literaria se desarrolla aquí y que en este taller aprenden y trabajan): José-Félix Tapia («Nadal»



18

19

20

21

22

23

Pío, hasta su muerte, fué algo así como la Anti-Academia por excelencia, adonde acudíamos a refrescarnos con la siempre vivificante corriente humana y literaria de un paradójico académico. Y el no menos «histórico» y a la vez siempre vigente Azorín, se interesaba mucho por la novela y publicaba sus deliciosos cuentos sutilísimos. Y había de ser él quien primero proclamase la importancia del novelista catalán Ignacio Agustí, cuya *Mariona Rebull* fué, casi a la vez que *La familia de Pascual Duarte*, otro gran éxito literario español.

Concha Espina, Wenceslao Fernández Flórez, Francisco de Cosío, Mariano Tomás, Francisco Camba, Tomás Borrás, Ricardo Baroja, Ricardo León, personajes todos ellos tan ligados a la vida

terrumpir en estos veinte años. Rafael Sánchez Mazas, con *La vida nueva de Pedrio Andía* ganó, muchos admiradores.

Cuando, en 1944, se creó en Barcelona el «Premio Nadal», del que soy desde entonces jurado y secretario, la aportación de Madrid fué mínima en cantidad pero máxima en calidad. De aquí nos llegó la novela que, escrita por una jovencita canaria, radicada en Madrid, iba a convertirse en uno de los grandes hitos de la novela española contemporánea: *Nada*, de Carmen Laforet, que fué alabada con entusiasmo desde el primer momento por Azorín, y, desde América, por Juan Ramón Jiménez. A partir de entonces, el «Nadal» ha visto crecer el número de sus fieles «clientes» madrileños hasta llegar a ser la base de cada

1945), Eulalia Galvarriato, la esposa de Dámaso Alonso y finalista con Gironella en 1946; Manuel Pombo Angulo, cuya novela *Hospital General* —varias veces reeditada— le hizo ser el finalista de mayor éxito de público en el «Premio Nadal» (1947) y que, con *Valle Sombrio*, ganó el Premio Agustín Pujol, el galardón que, dotado con 100.000 pesetas, fué el primer «premio gordo» de la vida literaria madrileña (1951). Años después, en 1955, el «Premio Menorca», ganado por Carmen Laforet, con «La mujer nueva», sería ya una visión astronómica de las posibilidades económicas de la literatura.

También en torno al «Nadal» surgieron Rosa María Cajal, Manuel Mur Oti, Octavio Aparicio (ya conocido por una novela apa-

recida en *El Español*), Carlos de Santiago, Adolfo Lizón, José María Jove, Angel Oliver, Mercedes Ballesteros, Mercedes Fórmica, Torcuato Luca de Tena (con su primera novela, *La otra vida del Capitán Contreras*), Alejandro Núñez Alonso (que ha pasado en Madrid años muy intensos de ac-

tividad literaria y que aquí ha escrito su gran trilogía histórica de la época romana); Elena Soriano, cuya trilogía *Hombre y mujer* la situaría en un lugar muy saliente, Eugenia Serrano, Marcial Suárez, Jesús López Pacheco, Jesús Fernández Santos, Antonio Ferres y Angel María de Lera, el novelista que con *Los clarines del miedo* se situó rápidamente en la avanzada de los novelistas españoles de hoy.

Si los antes citados fueron finalistas, la proporción de Premios «Nadal» madrileños ha sido impresionante: los ya nombrados Carmen Laforet y José-Félix Tarpia, José Suárez Carreño, Elena Quiroga, Dolores Medio, Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaité (ya premiada con el «Café Gijón»). Y el «Planeta» ha tenido a Antonio Prieto y a Emilio Romero, cuya novela *La paz empieza nunca* ha provocado apasionadas discusiones.

Durante el año 1953 y comienzos del 54, se publicó en Madrid *Revista Española*, gracias al mecenazgo del ilustre erudito Rodríguez Moñino, y en torno a ella se concentró una nueva promoción literaria que ha adquirido, en media

docena de años, una extraordinaria significación en la nueva novelística española. Allí escribían Rafael Sánchez Ferlosio que, con *El Jarama*, señaló uno de los puntos capitales de nuestra narrativa en estos años; Ignacio Aldecoa, cuya producción cuenta ya con novelas tan excelentes como *El fulgor y la sangre*, *Con el viento solano*, *Gran Sol*, y que obtuvo, como Cela y Ferlosio, el Premio de la Crítica; Jesús Fernández Santos que, con *Los bravos*, surgió con una inmediata afirmación de personalidad; José María de Quinto, que se dedicó principalmente a la novela corta y el cuento; Carmen Martín Gaité, Josefina Rodríguez, Julia Figueira, Manuel Pilares, Julián Ayesta, José Luis Castillo-Puche, Medardo Fraile, Luis de Castresana... De estos últimos, Castillo-Puche se ha «disparado» en estos últimos años con varias novelas de innegable mérito —sobre todo *El Vengador*— y ha obtenido varios premios. Esta joven generación, que oscila entre los treinta y los cuarenta años, ha dado ya espléndidos frutos.

Madrid ha conservado y avivado en gran medida, eso que el tópicos llama el «fuego sagrado».

24



25



26



27



28



29



30



31



32



33

34

35

36

37

38

Por una parte, en sus tertulias literarias —en sus cafés y muy especialmente en el Gijón—; por otra, con los Premios Nacionales de Literatura, sus revistas literarias, las páginas de libros en sus diarios y revistas, su hospitalidad a profesores y críticos extranjeros, sus innumerables conferencias y coloquios, las entrevistas por radio y televisión, el despliegue anual de la Feria del Libro... Y no hemos de olvidar lo que en Madrid se ha fomentado el cultivo de la novela corta y el cuento en publicaciones y concursos. El gran vivero de narradores lo ha dado en nuestra capital este firme y constante estímulo a las tan difíciles formas breves de narrativa. En esto han realizado una incalculable labor los Premios «Sésamo» de Cuento y el de Novela Corta, cuya popularidad y aceptación es ya grandísima a pesar de su modestia en lo económico. De «Sésamo» han salido escritores de toda España, que luego han obtenido resonantes éxitos en la novela.

Nuestra capital ha dado en estos veinte años admirables cuentistas y autores de novelas breves. Citar una lista de nombres sería aquí imposible, por respeto al espacio. Pero hay que señalar la profunda impresión que produjo en la crítica y en el público más exigente el libro de cuentos de Vicente Carredano *Los abogados* (1953), éxito confirmado plenamente al obtener con *No quiero quedarme solo* el «Sésamo» de la Novela Corta de 1956. Ignacio Aldecoa, aparte de su labor como novelista, ha publicado varios y muy valiosos libros de cuentos, J. María Sánchez-Silva, que alcanzó grandísima popularidad, Francisco García Pavón, antólogo y estimulador entusiasta de este género, es él mismo un cuentista de acento muy personal y José María de Quinto dió un gran libro de relatos de fondo social, *Las calles y los hombres*. Ultimamente, Ramón Nieto, Daniel Sueiro, y otros de su promoción, han cultivado el cuento con excepcionales méritos.

1. Pío Baroja.
2. W. Fernández Flórez.
3. Concha Espina.
4. Azorín.
5. J. M. Pemán.
6. R. Gómez de la Serna.
7. Valle Inclán.
8. M. Unamuno.
9. R. Pérez de Ayala.
10. I. Agustí.
11. Elena Quiroga.
12. M. Pombo Angulo.
13. C. J. Cela.
14. J. A. Zunzunegui.
15. F. Cossío.
16. Carmen Laforet.
17. J. M. Sánchez Silva.
18. V. Carredano.
19. R. García Serrano.
20. T. Luca de Tena.
21. J. L. Castillo Puche.
22. R. Ledesma Miranda.
23. R. Sánchez Ferlosio.
24. T. Borrás.
25. Dolores Medio.
26. J. M. Gironella.
27. J. M. Alfaro.
28. F. Ros.
29. Emilio Romero.
30. A. Prieto.
31. C. Martín Gayte.
32. J. A. Jiménez Arnáu.
33. A. M. Lera.
34. Eugenia Serrano.
35. I. Aldecoa.
36. Torrente Ballester.
37. M. Suárez.
38. Mur Oti.



VIDA CORPORATIVA



Inauguración de los nuevos locales de la Tenencia de Alcaldía de Ventas.



Los Embajadores de Estados Unidos en el típico desfile en la fiesta de San Antonio Abad.



La Duquesa de Alba que también asistió a la tradicional fiesta.

El Alcalde de Madrid impone la medalla de plata al director del Colegio de San Ildefonso.



Jefes de las Misiones Económicas Americanas durante la recepción que les fué ofrecida en el Ayuntamiento.

El Conde de Mayalde saluda a Mr. Hammarshojl en su reciente visita a la capital de España.





Diversos momentos de la visita que el ministro portugués de Asuntos Exteriores ha realizado recientemente a la capital de España. En las tres fotografías que componen esta página se le ve acompañado por su colega español, señor Castiella, y por el Alcalde de Madrid, Conde de Mayalde.





Momento de la recepción que ofreció el Ayuntamiento al Congreso de Clases Medias.



Don Joaquín Campos Pareja y el director del Matadero Municipal, a quienes se ha tributado un homenaje.



El Conde de Mayalde recibiendo el título de Concejalejo de Honor del Ayuntamiento de Humilladero (Málaga).

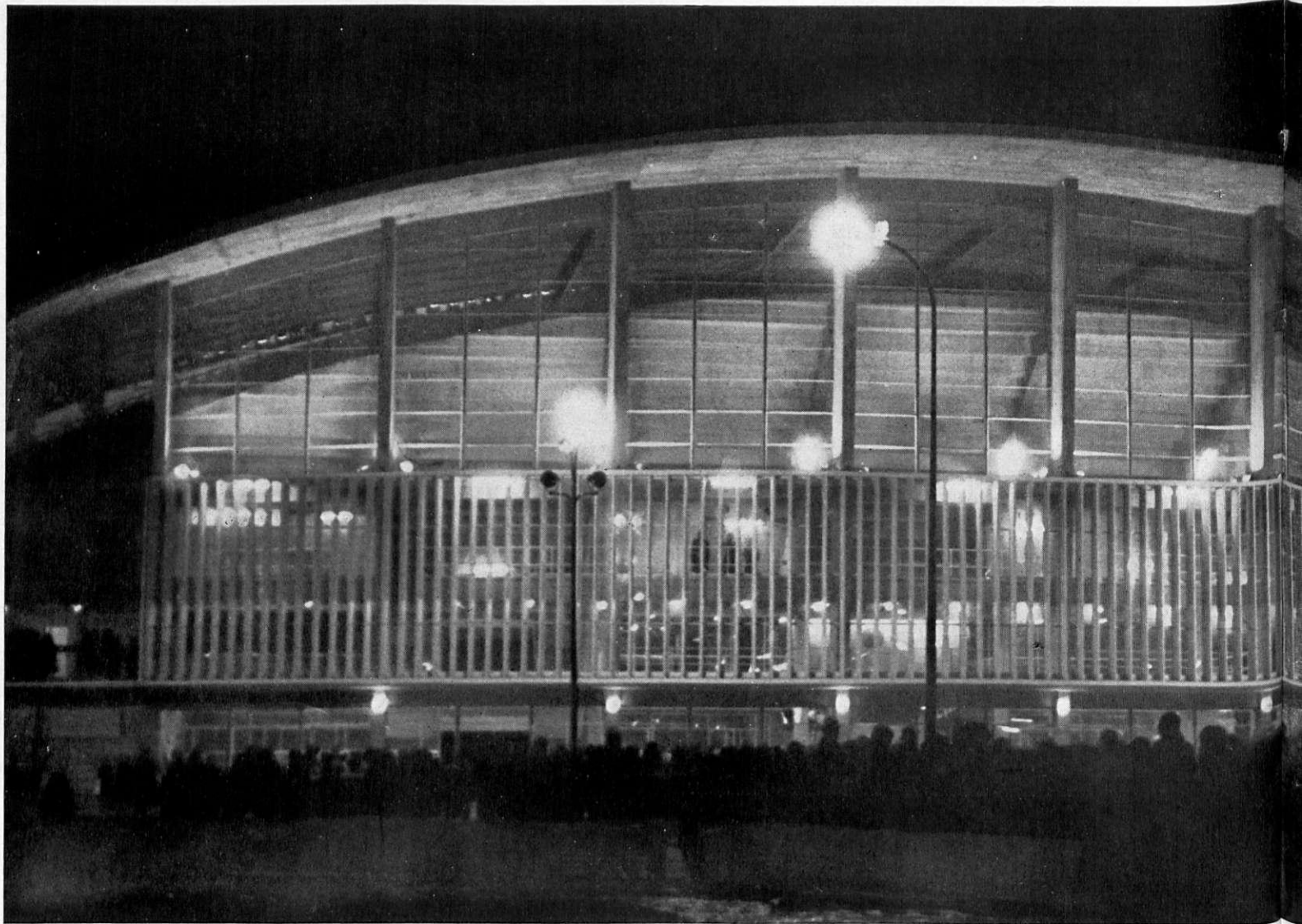


Don José María Gutiérrez del Castillo, pronunciando una conferencia en el Instituto Municipal de Educación.

Carteles premiados en el concurso organizado para anunciar las próximas fiestas de San Isidro.



INAUGURACION DEL PALA



Ayuntamiento de Madrid

PALACIO DE LOS DEPORTES



En la foto grande, la fachada principal del Palacio de los Deportes profusamente iluminada la noche de su inauguración.

En la de la izquierda, S. E. el Jefe del Estado saludando al Alcalde de Madrid, a su llegada al palacio de los deportes.

En la fotografía superior derecha, el señor Elola, Delegado Nacional de Educación Física y Deportes, agradeciendo al Jefe del Estado su presencia en el acto inaugural.

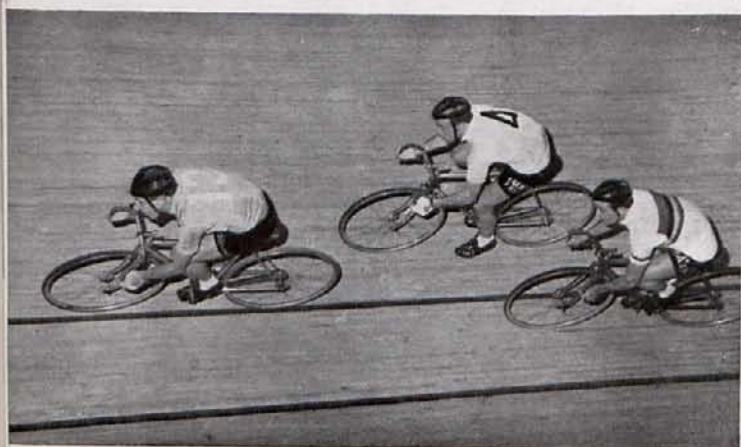
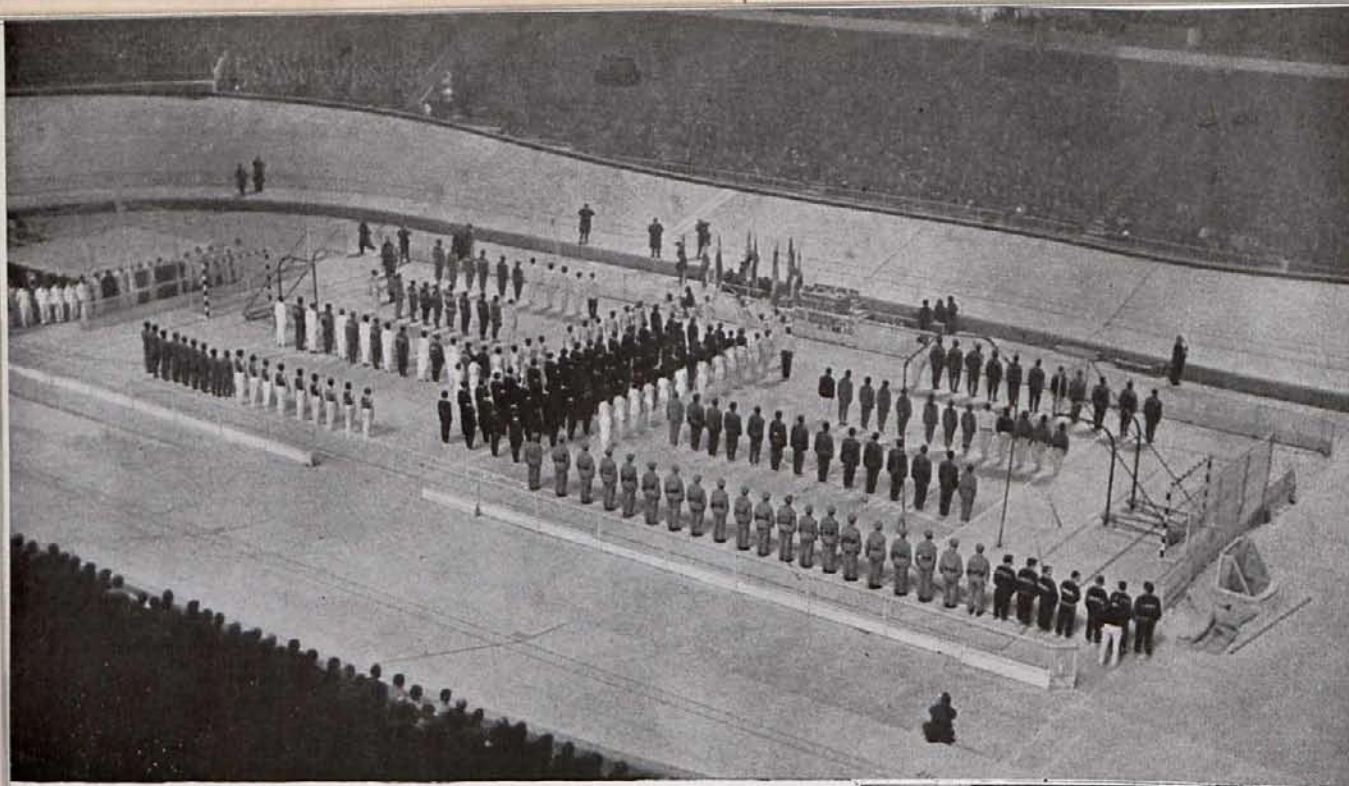
El Generalísimo Franco acompañado de su esposa, presencia interesado el espectáculo atlético.



Madrid cuenta ya con uno de los mejores palacios de deportes de Europa. El día de su inauguración señala una de las fechas marcadas con el fuego de las grandes realizaciones españolas modernas. Sus instalaciones reúnen las novedades más hermosas o más funcionales, tanto en el sentido deportivo como en el arquitectural. El esfuerzo de la Delegación Nacional de Deportes, con nuestro compañero José Antonio Elola a la cabeza, se ha visto coronado con un éxito en el que el Ayuntamiento tiene también su parte.



Ayuntamiento de Madrid



Diversos momentos de la brillante velada que tuvo por escenario el nuevo Palacio de los Deportes, en la noche de su inauguración.



